AKAL

HISTORIA DEL MVNDO ANTIGVO

10

ORIENTE

LOS HEBREOS





Esta historia, obra de un equipo de cuarenta profesores de varias universidades españolas, pretende ofrecer el último estado de las investigaciones y, a la vez, ser accesible a lectores de diversos niveles culturales. Una cuidada selección de textos de autores antiguos, mapas, ilustraciones, cuadros cronológicos y orientaciones bibliográficas hacen que cada libro se presente con un doble valor, de modo que puede funcionar como un capítulo del conjunto más amplio en el que está inserto o bien como una monografía. Cada texto ha sido redactado por el especialista del tema, lo que asegura la calidad científica del proyecto.

ORIENTE

1. **A. Caballos-J. M. Serrano,** *Sumer y Akkad.*
2. **J. Urruela,** *Egipto: Epoca Tinita e Imperio Antiguo.*
3. **C. G. Wagner,** *Babilonia.*
4. **J. Urruela,** *Egipto durante el Imperio Medio.*
5. **P. Sáez,** *Los hititas.*
6. **F. Presedo,** *Egipto durante el Imperio Nuevo.*
7. **J. Alvar,** *Los Pueblos del Mar y otros movimientos de pueblos a fines del II milenio.*
8. **C. G. Wagner,** *Asiria y su imperio.*
9. **C. G. Wagner,** *Los fenicios.*
10. **J. M. Blázquez,** *Los hebreos.*
11. **F. Presedo,** *Egipto: Tercer Período Intermedio y Epoca Saita.*
12. **F. Presedo, J. M. Serrano,** *La religión egipcia.*
13. **J. Alvar,** *Los persas.*

GRECIA

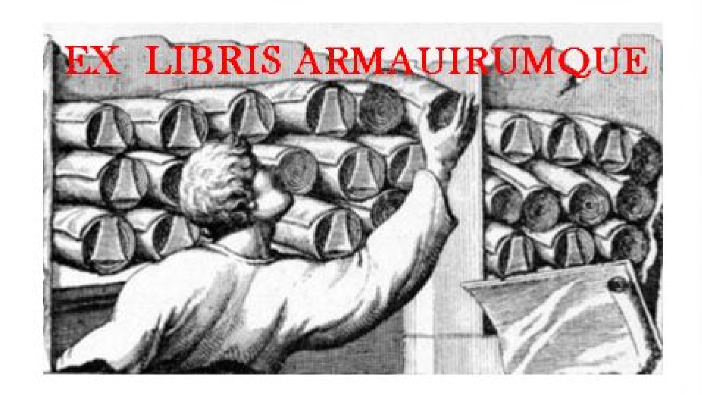
14. **J. C. Bermejo,** *El mundo del Egeo en el II milenio.*
15. **A. Lozano,** *La Edad Oscura.*
16. **J. C. Bermejo,** *El mito griego y sus interpretaciones.*
17. **A. Lozano,** *La colonización griega.*
18. **J. J. Sayas,** *Las ciudades de Jonia y el Peloponeso en el período arcaico.*
19. **R. López Melero,** *El estado espartano hasta la época clásica.*
20. **R. López Melero,** *La formación de la democracia ateniense, I. El estado aristocrático.*
21. **R. López Melero,** *La formación de la democracia ateniense, II. De Solón a Clístenes.*
22. **D. Plácido,** *Cultura y religión en la Grecia arcaica.*
23. **M. Picazo,** *Griegos y persas en el Egeo.*
24. **D. Plácido,** *La Pentecontecia.*
25. **J. Fernández Nieto,** *La guerra del Peloponeso.*
26. **J. Fernández Nieto,** *Grecia en la primera mitad del s. IV.*
27. **D. Plácido,** *La civilización griega en la época clásica.*
28. **J. Fernández Nieto, V. Alonso,** *Las condiciones de las polis en el s. IV y su reflejo en los pensadores griegos.*
29. **J. Fernández Nieto,** *El mundo griego y Filipo de Macedonia.*
30. **M. A. Rabanal,** *Alejandro Magno y sus sucesores.*
31. **A. Lozano,** *Las monarquías helenísticas. I: El Egipto de los Lágidas.*
32. **A. Lozano,** *Las monarquías helenísticas. II: Los Seleúcidas.*
33. **A. Lozano,** *Asia Menor helenística.*
34. **M. A. Rabanal,** *Las monarquías helenísticas. III: Grecia y Macedonia.*
35. **A. Piñero,** *La civilización helenística.*

ROMA

36. **J. Martínez-Pinna,** *El pueblo etrusco.*
37. **J. Martínez-Pinna,** *La Roma primitiva.*
38. **S. Montero, J. Martínez-Pinna,** *El dualismo patricio-plebeyo.*
39. **S. Montero, J. Martínez-Pinna,** *La conquista de Italia y la igualdad de los órdenes.*
40. **G. Fatás,** *El período de las primeras guerras púnicas.*
41. **F. Marco,** *La expansión de Roma por el Mediterráneo. De fines de la segunda guerra Púnica a los Gracos.*
42. **J. F. Rodríguez Neila,** *Los Gracos y el comienzo de las guerras civiles.*
43. **M.ª L. Sánchez León,** *Revueltas de esclavos en la crisis de la República.*
44. **C. González Román,** *La República Tardía: cesarianos y pompeyanos.*
45. **J. M. Roldán,** *Instituciones políticas de la República romana.*
46. **S. Montero,** *La religión romana antigua.*
47. **J. Mangas,** *Augusto.*
48. **J. Mangas, F. J. Lomas,** *Los Julio-Claudios y la crisis del 68.*
49. **F. J. Lomas,** *Los Flavios.*
50. **G. Chic,** *La dinastía de los Antoninos.*
51. **U. Espinosa,** *Los Severos.*
52. **J. Fernández Ubiña,** *El Imperio Romano bajo la anarquía militar.*
53. **J. Muñiz Coello,** *Las finanzas públicas del estado romano durante el Alto Imperio.*
54. **J. M. Blázquez,** *Agricultura y minería romanas durante el Alto Imperio.*
55. **J. M. Blázquez,** *Artesanado y comercio durante el Alto Imperio.*
56. **J. Mangas-R. Cid,** *El paganismo durante el Alto Imperio.*
57. **J. M. Santero, F. Gascó,** *El cristianismo primitivo.*
58. **G. Bravo,** *Diocleciano y las reformas administrativas del Imperio.*
59. **F. Bajo,** *Constantino y sus sucesores. La conversión del Imperio.*
60. **R. Sanz,** *El paganismo tardío y Juliano el Apóstata.*
61. **R. Teja,** *La época de los Valentinianos y de Teodosio.*
62. **D. Pérez Sánchez,** *Evolución del Imperio Romano de Oriente hasta Justiniano.*
63. **G. Bravo,** *El colonato bajoimperial.*
64. **G. Bravo,** *Revueltas internas y penetraciones bárbaras en el Imperio.*
65. **A. Giménez de Garnica,** *La desintegración del Imperio Romano de Occidente.*



ORIENTE



Director de la obra:

Julio Mangas Manjarrés
(Catedrático de Historia Antigua
de la Universidad Complutense
de Madrid)

Diseño y maqueta:

Pedro Arjona

Los Berrocales del Jarama
Apdo. 400 - Torrejón de Ardoz
Madrid - España
Tels.: 656 56 11 - 656 49 11
Depósito Legal: 14.380-1989
ISBN: 84-7600-274-2 (Obra completa)
ISBN: 84-7600-383-8 (Tomo X)
Impreso en GREFOL, S.A.
Pol. II - La Fuensanta
Móstoles (Madrid)
Printed in Spain

LOS HEBREOS

J.M. Blázquez



Indice

Págs.

I. Fuentes para la Historia de Israel. La Biblia

La fuente principal para el conocimiento de los hebreos en la Antigüedad, desde el II milenio hasta la toma de Jerusalén por Pompeyo, es la Biblia. La arqueología ha completado muy sustancialmente el conocimiento sobre este pueblo en este siglo.

El Pentateuco

Está integrado por los cinco primeros libros de la Biblia, atribuidos a Moisés por la tradición judía. A él remonta el núcleo fundamental en origen, aunque la forma definitiva haya necesitado de varios siglos. En el Pentateuco se refleja la Historia de Israel en la época más primitiva, primero transmitida oralmente y después por escrito. Los cinco libros son: el Génesis, Exodo, Levítico, Números y Deuteronomio. En ellos se reúnen materiales de diferente procedencia y carácter. Después del establecimiento de la monarquía, siglo XI a.C., se empezaron a poner por escrito los antiguos materiales dispersos. En los cinco libros atribuidos a Moisés se han señalado varias fuentes narrativas distintas, que son: una fuente laica, llamada L, que sería la más antigua, con nombres típicos de los nómadas y con una concepción antropomórfica de Dios. Su autor siente la fascinación del desierto. Esta fuente se fecha en los siglos X-IX a.C. La fuente jahvista, J, es más sistemática. El autor es partidario de la vida agrícola, del culto y del poder político de Israel. Tiene una visión optimista nacional. Se data a finales del siglo X o en el IX a.C. Estas dos fuentes llaman a Dios Jahvé o JHWH.

La fuente eloísta, E, por denominar a Dios Elohim, es más elaborada y espiritualizada. Señala el carácter peculiar del pueblo israelita. Típico de ella es el decálogo ético, al igual que del jahvista es el decálogo cultual.

La médula del Pentateuco es el escrito sacerdotal, P. Posiblemente ha llegado íntegro a nosotros. Es una sucesión exacta y cronológica del tiempo del destierro, siglos VI-V a.C. Fija las bases legales, para la reconstrucción de Israel, para lo que se busca un origen divino a los preceptos.

El Pentateuco contiene diversas colecciones de leyes de las que las más importantes son: El libro de la Alianza, B, que consta de mandamientos cultuales, instrucciones morales y religiosas y preceptos legales. No es posterior al siglo VII a.C.

El núcleo del Deuteronomio, D, es la base de la reforma de Josías. Rechaza la pluralidad de lugares de culto. Responde a un movimiento de restauración de sacerdotes y levitas.

La ley de santidad, H, insiste en la



limpieza cultual y ética.

El Pentateuco reúne un material heterogéneo. Carece de una visión unitaria de Dios, el hombre, y de sus relaciones. Acusa el influjo de los pueblos vecinos.

Profetas

El segundo bloque de libros sagrados son los libros de los profetas a los que se alude más adelante. El movimiento profético comenzó con los profetas Elías y Eliseo en el siglo IX. Este último reunió en torno suyo discípulos, llamados los hijos de los profetas. Existían las formas del vidente y del profeta. La primera es típica de los nómadas y decayó pronto. Al principio, en la transmisión de las profecías hubo una tradición oral, de la que quedan huellas en los libros proféticos. Algunos pasajes importantes debieron ser puestos por escrito por los mismos profetas. Los discípulos los ampliaron con el tiempo. Después vendrían las adaptaciones a las nuevas situaciones históricas y finalmente la redacción de los libros que se conservan, organizando todo el material. Los profetas purificaron la religión de Israel. Dieron un sentido universalista al monoteísmo judío. Relacionaron el mensaje con los hechos históricos.

Libros sapienciales

El tercer grupo de libros sagrados está formado por libros de carácter variado. Comprende escritos heterogéneos, como la obra del Cronista (Esdras, Nehemías y Crónicas), de carácter histórico-teológico, historias edificantes, como Rut, Ester, Tobit o Judit; libros apocalípticos, como Daniel. La mayoría de los libros de este grupo son de carácter sapiencial (Sal-

Muñeca de marfil de época calcolítica
Hallada en Bir es-Safadi, cerca de Beer-Sheba

mos, Job, Proverbios, Cantar de los Cantares y Gohelet). Los Salmos y el Cantar son poesía lírica. Estos libros están muy influenciados por las culturas vecinas del Oriente, principalmente por las de Mesopotamia y de Egipto.

El concepto de sabiduría entre los hebreos fue muy variado. Puede referirse a la pericia en las artes mágicas y a la adivinación, a la habilidad artesana, o de gobierno y a la astucia engañosa. Tiene finalidad práctica. La sabiduría floreció en el reinado de Salomón y en las escuelas sapienciales de Jerusalén. Es una sabiduría cortesana, distinta de la sabiduría popular. Con el tiempo la palabra sabiduría alcanzó un sentido teológico, identificado con la Ley y el temor de Dios. La forma literaria es variada: el proverbio o el aforismo, los enigmas o los acertijos. Son numerosas las listas de carácter zoológico, cosmológico, geográfico, etc.

Libros deuterocanónicos

Estos libros no se encuentran en el canon hebreo de los libros inspirados. Se fechan al final de la época helenística. A este grupo pertenecen parte de algunos salmos: Daniel, Gohelet, 1 Macabeos, Ben Sira, Judit, Ester, Tobit, Susana, Bel y el Dragón, Carta de Jeremías y Baruc. Otros libros no fueron aceptados tampoco en el canon, como 1 Henoc, Testamento de los doce patriarcas, Libro de los Jubileos, los escritos descubiertos en Qumrán. Casi todos estos libros se han transmitido en lengua griega.

Los libros históricos resumen fuentes históricas, que se han perdido, como el libro de los hechos de Salomón (Re 11, 41), las Crónicas de los reyes de Israel (1 Re 14, 19; 2 Re 15, 31), y las Crónicas de los reyes de Judá (1 Re 14, 29; 2 Re 24, 5). Se ignora si estos libros son archivos oficiales de la corte, u obras históricas redactadas por cronistas reales. El primer libro se utilizó ampliamente al describir el reinado de Salomón. Los otros dos se fusionaron. Se sometieron a un esquema teológico los datos obtenidos de estas fuentes. Se prescindió de la importancia histórica de los reyes. Se le juzga de acuerdo con la Ley. De este modo, sólo los monarcas David, Ezequías y Josías son alabados incondicionalmente. Seis reyes son medianamente juzgados. Sobre el resto, incluso Salomón, el juicio es negativo.

Existieron otras fuentes de las que se tiene noticia, como un documento davídico (1 Re 1-2); una descripción del templo de origen sacerdotal (1 Re 6-7), una historia de Elías, obra de finales del siglo X, y una segunda de Eliseo, de fecha algo posterior. Los discípulos de Isaías redactaron los relatos de gobierno de Ezequías, en los que intervino el profeta.



Pendiente de oro de la tardía Edad del Bronce
Hallado en Tell el-Ajjul, al sur de Gaza

II. De los patriarcas a los jueces. Historia y religión

Los patriarcas

La historia de Israel comienza con los patriarcas, que habitaban en origen la tierra comprendida entre los ríos Tigris y Eufrates, y más concretamente, Jarán. De aquí procedía Abraham. Los patriarcas eran arameos. Los nombres de los hermanos de Abraham, Harán y Najor, o como los de sus antepasados, Teraj su padre, y Serug, el bisabuelo, son probablemente nombres de clanes patriarcales. Hacia el año 2000 a.C. hubo una invasión de amorreos en Mesopotamia, Siria, Palestina y Egipto. Se trataba de semitas nómadas, que vivían en los límites del Creciente Fértil. La región de Jarán, donde vivieron los patriarcas, fue uno de los asentamientos de estos amorreos. Los nombres de Abraham y de Jacob son nombres de personas amorreos. En la documentación de Mari se mencionan a los hapiru, gentes nómadas sin asentamiento fijo, que amenazaban a los pueblos del desierto arábico. Tradicionalmente se identificó a los hapiru con los hebreos, término que no significaría en origen un grupo racial, sino a los extranjeros. Los hebreos de tiempos de los patriarcas descendían, pues, de los pueblos nómadas, que hacia el año 2000 invadieron Mesopotamia. Los patriarcas, que bajaron a Palestina, formaron parte de estos invasores. Las tablillas de Nuzi, localidad situada al sudeste de Nínive, describen un derecho consuetudinario, semejante al de los patriarcas.

Los patriarcas, según el Génesis, vivían del producto de los rebaños de cabras y de ovejas, pastoreando en la zona montañosa de Palestina; eran nómadas. El relato de Sinuhé, el egipcio, escrito hacia el 1900 a.C., que visitó Kedem en Siria, afirma que la zona es fértil en árboles frutales, en cereales, en ganado y en caza. Describe la vida tribal de los amorreos, que sería parecida a la de los patriarcas. Un relieve egipcio contemporáneo pinta también la vida de los patriarcas. Representa una familia de semitas seminómadas, en número de 37 miembros, marchando hacia Egipto. Llevan asnos cargados, van armados de lanza, arco compuesto y maza. Este relieve es aproximadamente contemporáneo de Abraham.

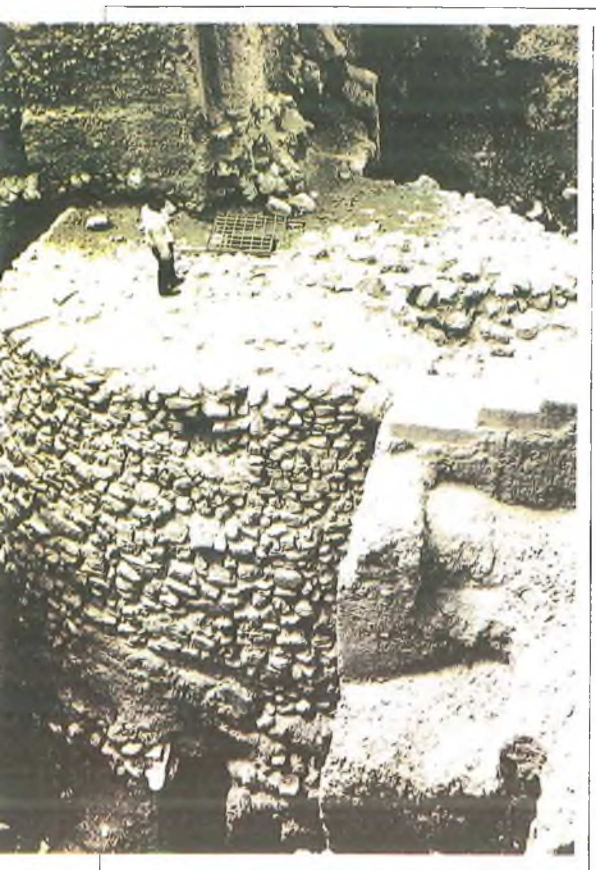
Abraham aparece relacionado con Mambré, y Abraham, Isaac y Jacob con las montañas de Palestina. Isaac vivió en Bersebe, y Jacob va unido con la región del norte de Jerusalén, Betel y Siquen. Sus rebaños llegaban hasta Dotán. Esta región palestina, visitada por los patriarcas, estaba cubierta de bosques y poco habitada. Las tres ciudades mencionadas son

las principales. Todas tenían antiguos lugares sagrados. Con los patriarcas se vincularon lugares de culto de Palestina, muy venerados después, entre las tribus israelitas, como el santuario del árbol, al este de Siquen, Betel, Bersebe y el terebinto sagrado de Mambré, en las proximidades de Hebrón. Debieron existir muchos patriarcas, pero se conservan los nombres de Abraham, de Isaac y de Jacob. Las tradiciones sobre los patriarcas estaban vinculadas con determinados tribus o clanes.

Palestina estaba ocupada en estos tiempos por los cananeos. Durante estos siglos el urbanismo fue escaso en Palestina. A comienzos del siglo XIX se inició el Bronce Medio II, durante el cual aumentó el número de ciudades y la cultura material. Algunos textos antiguos, fechados en el siglo XX, prueban que Palestina se hallaba en una condición de vida nómada o seminómada. Sólo mencionan las ciudades de Jerusalén y Ascalón. Otros textos, datados en la segunda mitad del siglo XIX, recuerdan ya numerosas ciudades, como Siquén, Aco, Acsaf, Jerusalén, Jasor, Tiro, Pella y Astarot. Una de las grandes ciudades cananeas, excavada, fue Guézer, situada en una llanura al sudeste de Jafa. Estaba amurallada. En época de los patriarcas era una avanzadilla egipcia, a juzgar por los objetos egipcios encontrados, datables hacia el 1900 a.C. Una gran ciudad cananea fue Meguido, fortaleza, que vigilaba el paso entre la llanura de Sarón y la planicie de Esdrelón. En época de los patriarcas contaba con tres templos. Detrás de ellos se descubrió el gran altar, destinado a quemar los holocaustos, testimonio de la religión cananea, de época de los patriarcas. La Transjordania oriental y el valle del Jordán eran prósperos y tenían varias ciudades. Esta región está descrita en el Génesis (13, 10-13): «Lot alzó sus ojos y contempló toda la llanura del Jordán, que estaba bien regada por todas partes. Antes de que el Señor destruyera Sodoma y Gomorra, como el jardín del Señor, como la tierra de Egipto, según se va hacia Soar... y Lot moró en las ciudades de la llanura y acampó hasta las inmediaciones de Sodoma. La destrucción de Sodoma y Gomorra puede estar en relación con un movimiento sísmico, probablemente un terremoto. Sodoma y Gomorra deben yacer bajo las aguas del Mar Muerto. Las ciudades del Jordán al norte del Mar Muerto y la Transjordania oriental eran prósperas en este período, pero repentinamente la población disminuyó. El hundimiento de la llanura se debe fechar entre los siglos XX y XIX, pero esta fecha no es totalmente segura. Estas ciudades pudieron perecer antes de que fueran abandonadas las ciudades de Transjordania. Según los datos conservados por los sacerdotes, Abraham partió de Mesopotamia hacia el año 1900 a.C. Las narraciones bíblicas sobre los patriarcas encajan perfectamente en la civilización de comienzos del II milenio a.C. Algunos autores han hecho bajar esta fecha varios siglos. En el capítulo 14 del Génesis se describen los saqueos de cuatro reyes de Mesopotamia en Transjordania. Esta expedición de pillaje presupone que las ciudades de la zona estaban florecientes. No es posible identificar a los reyes. Esta expedición está en función, probablemente, con las explotaciones de las minas de cobre al sur del Mar Muerto.

La historia de los patriarcas es una de las tradiciones que ha sobrevivido entre la liga de las doce tribus. Tiene un fondo histórico. Jahvé prometió a los patriarcas la posesión de las tierras de Palestina y numerosa descendencia.

La arqueología ha confirmado algunos datos atribuidos a los patriarcas por las tradiciones hebreas. La cámara sepulcral de los patriarcas, la caverna de Macpela en Mambré, es un tipo de enterramiento familiar,



Restos de una torre circular de Jericó

bien conocido por la arqueología. Se enterraba a los difuntos en compañía de gran número de vasos de cerámica, y de los objetos propiedad del muerto. Los vasos contenían alimentos.

Los israelitas en Egipto

La descripción de la estancia de los hebreos en Egipto tiene un fuerte colorido egipcio. Indica un autor que conocía bien el país. Títulos, como el de «superintendente de su casa», que dio Putifar a José, o «el que está sobre la casa», o «jefe de los coperos», responden exactamente a cargos reales. Las diez plagas tienen su base en las endémicas calamidades de Egipto.

La fecha de la presencia de José en Egipto, y por lo tanto, la de la llegada de los hebreos no está clara.

Poco antes del 1700 a.C. llegaron a Egipto los hicsos, que crearon un gran imperio, que comprendía también Palestina y el sur de Siria. Fueron después expulsados del país y su capital Avaris asediada. La ciudad había sido fundada por los hicsos, entre los años 1720 y 1700 a.C. Varios emplazamientos de Palestina fueron destruidos durante el siglo XVI. Según el Exodo (12, 40) los israelitas moraron en Egipto 430 años. Generalmente se vincula la llegada de José, de su padre, Jacob, y de sus hermanos a Egipto con esta invasión. Algunos datos de la Historia de José parecen relacionarse con los hicsos, como el descrito por el Génesis (47, 20-22): «José compró para el faraón toda la tierra de Egipto, pues todos los egipcios vendían sus campos, porque apretaba el hambre; así la tierra vino a ser propiedad del faraón, y a todo el pueblo lo hizo siervo de un extremo a otro del país. Sólo dejó de comprar las tierras de los sacerdotes...» Esta compra parece responder al hecho de que antes de la conquista hicsa, la tierra egipcia era propiedad de los nobles. Durante la Dinastía XVIII desapareció la nobleza terrateniente. Funcionarios del Estado ocuparon su lugar. Las tierras fueron explotadas ahora por siervos del faraón. Esta revolución social debió ser impulsada por los hicsos, que motivaron un cambio social en Egipto, al igual que en Palestina.

Durante el gobierno de Ramsés II (1290-1224 a.C.) debieron los israelitas edificar las ciudades de Pitón y Ramsés (Ex. 1, 11). Era costumbre en el Oriente y en Egipto utilizar la mano de obra de los nómadas para este tipo de construcciones en tiempos de paz. Pitón se sitúa en la moderna Tell-er-Retabeh, donde el gran constructor Ramsés II edificó un templo. La segunda localidad fue la capital, situada probablemente en Tarsis, que fue también capital de los hicsos. Era la

segunda gran ciudad del país después de Tebas. En esta capital se depositaron los archivos de Estado. Se hicieron grandes construcciones. Levantaron un templo consagrado al dios de los hicsos, Set, con dos monumentales estatuas del faraón, colocadas a la entrada del templo, y numerosos obeliscos. Ramsés II debió ser el faraón del Exodo. El faraón que empezó a oprimir a los israelitas, sería su padre, Seti I (1308-1290), quien reorganizó el imperio en Palestina y en el sur de Siria.

Otras alusiones del Exodo tienen confirmación en fuentes egipcias, como la existencia de gran cantidad de magos (Gén. 41, 8), que todo pastor asiático era abominación para los egipcios (Gén. 46, 34), los siete años de hambre, la momificación de José y de su padre, Jacob, los regalos que hizo el faraón a José al ser nombrado primer ministro, y la liberación de presos en el aniversario natalicio del faraón (Gén. 40, 20).

Incluso las diez plagas tienen fácil explicación (Ex. 7-12). En agosto, cuando el Nilo crece más, frecuentemente se vuelven sus aguas rojizas, debido a la gran cantidad de microorganismos que arrastra el río. A veces no se puede beber el agua. La plaga de ranas también está documentada, principalmente en septiembre, cuando disminuye el número de ibis, que se alimentan de renacuajos. La descomposición de las ranas muertas explica las plagas tercera y cuarta; los mosquitos y los tábanos, que ocasionan enfermedades a los hombres y a los ganados, son la plaga quinta y sexta. No son frecuentes, pero no desconocidas, las tormentas de granizo; los destrozos de la langosta en el campo son corrientes. Las espesas tinieblas, que son la plaga novena, pueden aludir a las tempestades de arena y de polvo. Estas calamidades pudieron dar la impresión a Moisés y al faraón de que eran enviadas por el Dios de Israel.



Escultura cananita de Hazor

La historia de José (Gén. 39, 7 ss.) con el tiempo adquirió detalles de ciertos relatos populares. La narración egipcia de Anubis y Bitis ofrece un parentesco notable con la descripción del Génesis, que se considera generalmente, como una adición mitológica a la vida de José.

La salida de Egipto es descrita en el Exodo (12, 37 s.): «Los israelitas marcharon de Ramsés hacia Sucot... y seguía una multitud inmensa... y sucedió que cuando el faraón dejó marchar al pueblo, Dios no los guió por el camino del país de los filisteos, aunque era el más directo... Dios hizo que el pueblo diese un rodeo por el desierto hacia el Mar de las Cañas (Ex. 13, 17 s.)... Partieron de Sucot y acamparon en Etan, al borde del desierto (Ex. 13, 20)... El Señor dijo a Moisés: Di al pueblo que se vuelvan y acampen en Fejirot, entre Migdal y el mar, frente a Baal Safon, poned los campamentos mirando al mar.»

Los israelitas se dirigieron a Sucot para evitar la gran fortaleza de Zilu, colocada donde hoy se atraviesa el canal de Suez en dirección de Palestina. Sucot es la moderna Tell el-Maskhutah, situada a 14 km al este de Pitón. El mar se cruzó cerca de Ramsés. Fejirot y Migdal, citadas en inscripciones egipcias, no han sido identificadas aún. Baal Safon es un dios cananeo, que recibía culto en la moderna Tell Dafné, lo que indicaría que los israelitas pasaron el mar por un pasaje, situado muy al norte. El Mar de las Cañas debe ser el pantano de los papiros, citado en textos egipcios, que quizás sea una prolongación del actual lago de Menzalé hacia el sur. La ruta a través del Sinaí no está bien determinada, debido a la no localización exacta del Sinaí u Horeb. Algunos autores lo sitúan en Madian, en Arabia, ya que el Exodo 19 parece aludir a una erupción volcánica; pero el texto podía mencionar una tormenta, o a una descripción tomada de los fenómenos naturales.

El maná, del que se alimentaban los israelitas, es seguramente el fruto tamarisco. Es una sustancia parecida a la miel, producida por dos especies de cochinillas, que succionaban la savia de los árboles, para proveerse de nitrógeno, y luego expulsaban lo que sobra en forma de miel. Este maná no pudo ser la base de la alimentación de los israelitas durante su travesía por el desierto, pero les pudo proporcionar el azúcar necesario.

En los Números 1 y 26 se mencionan dos censos, efectuados durante la travesía. El primero fue hecho por Moisés y el segundo después de los 40 años de peregrinación. Ambos estiman el número de varones en 600.000, cifra muy elevada, que se baja generalmente a 3.000 o 5.000.

La conquista de Canaán

La penetración de las tribus hebreas en Canaán significó el paso de la existencia nómada a la vida sedentaria típica de una civilización urbana y agrícola. Hacia el año 1220, se conoce la primera alusión a Israel fuera de la Biblia, en tiempos del faraón Mernepta, que se refiere a ellos como a enemigos. La salida de los hebreos de Egipto debió ocurrir durante el siglo XIII. Anduvieron errantes por los desiertos del Sinaí, Farán y Sin, en este último debieron pasar la mayor parte del tiempo, y estallaron una serie de rebeliones contra Moisés. Pidieron permiso al rey de Edom para atravesar Transjordania, partiendo de Aqaba, en el mar Rojo y pasando por Edom, Moab, Galad y Basan hasta llegar a Siria. Al parecer, siguieron la depresión del Arabá. Los israelitas vencieron en la batalla de Yabraz y de Edrey y ocuparon parte del territorio transjordano. Canaán dependía en estos años de Egipto y estaba organizado en Estado-Ciudades, fortificados, gobernados por un rey nativo. Pagaban tributos. Cuando penetraron los israelitas en Canaán, la situa-

ción económica y social debía ser deplorable, como lo confirman las cartas de los archivos de Amenofis IV (1377-1360). Según el Libro de Josué (10-12) contaba esta zona con 10 Estado-Ciudades. Según este libro, la conquista de Palestina se hizo en tres fases: en la primera campaña se conquistó Jericó y Ay. Siguieron las campañas de Judea y de Galilea. No se menciona la Palestina Central, donde Josué reunió las tribus y se celebraron las ceremonias de la Alianza. Su capital era Siquen.

Se ha supuesto que esta importante región estuviera ocupada por gentes amigas o por parientes de los israelitas, que harían Alianzas con ellos. En esta zona habitaban unos clanes de hebreos y de cananeos, unidos por una Alianza, que rendían culto a una deidad llamada «Señor de la Alianza». Jericó fue formada también. La Arqueología no ha confirmado la conquista de la ciudad, que sólo debió ser un fortín por entonces. Después, según la tradición, Josué ocupó Betel, que era ciudad próspera. Pasó después a tomar el futuro territorio de Judá. Se formó ahora una coalición de cinco reyes, los de Jerusalén. Hebrón, Yarmut, Laquis y Eglón contra Gabarón, que se había aliado con Josué, pero fue vencida. Josué mató a los cinco reyes. Después se arrasó la ciudad de Laquis, de la que la Arqueología, al igual que en el caso de Betel, ha dado pruebas claras de su destrucción entre los años 1220 y 1200. Los habitantes de Eglón fueron pasados a cuchillo. Hebrón cayó en poder de Josué, igualmente la Arqueología ha confirmado que la ciudad entre 1250 y 1200 fue destruida totalmente, incendiada y las defensas desmanteladas.

En Galilea la única ciudad, que destruyó Josué, fue Jasor, situada en la orilla de la Gran Ruta, que unía a Egipto, Palestina, Asia Menor y Mesopotamia. Había albergado los carros y caballos del ejército hicso. La ciudad tenía una extensión de 70 Ha. y unos 4.000 habitantes. Era una de las mayores ciudades de Siria y de Palestina. La ciudad fue destruida, según los datos de la Arqueología, en el siglo XIII.

Las destrucciones de Betel, Laquis, Eglón, Debir y Jasor demuestran que hubo un plan prefijado de destrucción en el siglo XIII. En cambio, Siquen, Meguido y Beisan continuaron prósperas.

El período de los jueces

La decadencia de las potencias de Egipto, Mesopotamia, y Asia Menor hicieron que Palestina y Siria se vieran libres de dominadores. La invasión de los Pueblos del Mar terminó con el Imperio Hitita. En el siglo XII los arameos invadieron Siria oriental, y uno de sus reinos fue el de Damasco. Quizás ahora se establecieron los amonitas, cuya capital fue la actual Ammán. Los Pueblos del Mar arrasaron la costa sirio-palestina, destruyendo Ugari, Sidón y Tiro, siendo vencidos por Ramsés III. Un grupo de estos pueblos, los filisteos, que son los aqueos o griegos, se asentaron en la costa entre Jope y Gaza, organizándose en cinco ciudades importantes, Ascalón, Asdod, Ecrón, Gati y Gaza, independientes y gobernadas por un señor, que actuaban en común en casos importantes. En Dor habitó un grupo de los Pueblos del Mar, probablemente oriundo de Sicilia, citado en el relato egipcio de Wenamón, hacia el 1100. Los cananeos quedaron asentados en la costa al oeste del Líbano, y en algunas ciudades del interior. Hacia el siglo X Tiro se configuró como un nuevo Estado.

El siglo XII y parte del XI lo empleó Israel en consolidar el territorio conquistado, luchando contra algunas ciudades e invasores. Betel fue incendiada, al menos cuatro veces. Los filisteos, hacia el 1050, destruyeron algunas ciudades israelitas. Meguido



Incensario. Hallado en Ai (Edad del Bronce)

vio destruida su fortificación y el palacio cananeo. La forma de gobierno de Israel y de los restantes pueblos era muy diferente. Israel era una confederación de tribus, unidas por un vínculo religioso alrededor del Arca de la Alianza en el Santuario de Silo. En cambio, Moab, Amón y Edom estaban gobernados por reyes. Monarquías locales existían en Beisán, Taanac, Guezer, Meguido y Jerusalén. Los cananeos seguían con los Estado-Ciudades.

Las luchas y los peligros hicieron que los israelitas buscaran unos jueces carismáticos, que los gobernaran.

En Eben-ha Ezer los filisteos derrotaron a los israelitas y Silo fue destruido hacia el 1050. En esta época es imposible diferenciar entre las culturas cananea e israelita en líneas generales, pero la civilización de los pueblos cananeos era más elevada. Las casas estaban pavimentadas y tenían alcantarillado. Trabajaban en ellas forjadores de metal, y se conocen objetos de un comercio con Egipto, Siria y el Egeo. En los Estado-Ciudades cananeos, que estaban amurallados, el palacio real se diferencia radicalmente de las viviendas del resto de la población, que son cabañas.

Los poblados israelitas excavados, Betel, Silo, Gueba, etc., asentados en la montaña, son muy inferiores a las ciudades cananeas. Las casas son peores y sin comodidades. La ciudad no está planificada. El arte es muy tosco, ya que se trataba de nómadas asentados hacía poco, desconocedores en gran parte del urbanismo y de la agricultura.

La cerámica es basta. Faltan objetos exóticos, importados, tan frecuentes en las ciudades cananeas. Las murallas eran muy débiles.

La región ocupada por los filisteos se caracteriza por la cerámica, fina, cocida, decorada con aves y espirales y de formas griegas. Las dos ciudades filisteas más famosas fueron Guezer y Betsemes, que fue destruida por los israelitas hacia 1050. Los filisteos establecieron un bloqueo económico a Israel, como lo indica 1 Sam. 13, 19-22; a comienzos del reinado de Saúl: «Ahora bien, no se encontraba un herrero en todo el país de Israel, pues los filisteos habíanse dicho: Para que no fabriquen los hebreos ni espadas, ni lanzas. De suerte que todos los israelitas tenían que bajar adonde los filisteos para afilar cada uno su reja de arado, su azadón, su hacha, y su aguijada. Costaba dos tercios de siclo el afilado, tratándose de las rejas y los azadones y un tercio de siclo para aguzar las hachas y arre-

glar las aguijadas». Por ahora, conocieron los israelitas el uso del hierro, que ya utilizaban los filisteos en los «carros de hierro». El hierro se generaliza en los aperos agrícolas, a finales del siglo XI y a comienzos del siguiente. Los filisteos introdujeron el hierro en Palestina y monopolizaron su uso. En tiempos de los reyes Saúl y David lo utilizaron los israelitas al vencer a los filisteos, lo que significó una auténtica revolución económica.

Durante el gobierno de los jueces los filisteos fueron los más encarnizados enemigos de los israelitas, como lo indica la leyenda de Sansón y de David contra Goliat, pero hubo otros, como Cusan Risatain, rey del alto Eufrates; Eglón, rey de Moab; los amonitas; los madianitas, que fueron derrotados por Gedeón. En esta expedición se empleó por vez primera al camello. El empleo del camello fue también una verdadera revolución, pues los árabes podían hacer grandes travesías por el desierto. Enemigos importantes fueron los cananeos, que en la llanura disponían de un arma terrorífica, que era el empleo de los «carros de hierro». Sus ciudades eran difíciles de tomar, por estar amuralladas. Las dos ciudades más importantes eran Meguido, en la llanura de Esdrelón y Beisán. El lujo del palacio de Meguido era grande, como lo indican los marfiles, los alabastros y los objetos de oro hallados en las modernas excavaciones. Se hacía un uso grande del marfil para tronos, muebles, cofres, peines, figurillas, cajas, etc. La ciudad fue arrasada entre los años 1150 y 1125. De esta época es el Cántico de Débora (Juc. 5), fechado hacia el año 1100, que es uno de los relatos más antiguos del Antiguo Testamento. Es de un fuerte nacionalismo, y de un profundo sentido religioso.



Estela y altar de piedra de Guézer
(Siglo XVII a.C.)

Beisán era una ciudad fortificada en el valle del Jordán, en el paso natural de este valle a la llanura de Esdrelón. Los hebreos se apoderaron de la ciudad en el siglo X, en tiempos de David, probablemente. Estos triunfos hebreos fueron celebrados en el Cántico de Débora y en libros perdidos de Yasar y de las Guerras del Señor.

Los jueces son contemporáneos de los primeros profetas. En la primera mitad del siglo XI regentaba el santuario de Silo el sacerdote Elí, junto al que Samuel, sacerdote y juez de Israel, se preparó para el sacerdocio, 1

Sam. 10, 5 los describe en los siguientes términos: «al entrar en la ciudad te encontrarás con un grupo de profetas, bajando del excelso, precedidos de salterios, tímpanos, flautas, arpas y profetizando. Entonces el espíritu del Señor te arrebatará y te sentirás cambiado en otro hombre». Ahora la profecía se integró en una institución religiosa dirigida por un sacerdote. El profeta era un mensajero. Hablaba en nombre de Dios. El profetismo estático no es un fenómeno típicamente hebreo, ya que profetas parecidos a los de Israel aparecen en el relato egipcio de Wenamón y en Mari en torno al 1700. En Israel el éxtasis no fue la nota característica de la profecía, sino el hecho de que Dios mandase hablar al profeta en su nombre. Cuando era atacado, se defendía afirmando que Dios le había enviado. En Mari el rey comunicaba a sus funcionarios que un hombre se ha presentado con un mensaje de un dios para el rey. Tres cartas proceden de mensajes del dios Dagán. En una carta un funcionario regió en nombre del dios Adad, señor de Kallassu, comunicó al rey los deseos del dios, de que el rey le sacrifique animales machos, que ha conocido a través de los *Apilu*, término que significa «el que responde», hombres y mujeres, que trabajaban en Mari y que profetizaban. El ejército de Mari contaba con adivinos. El mensaje se recibía por medio de la inspiración, que se presentaba de repente. El Antiguo Testamento contiene un gran número de mensajes proféticos, de oráculos divinos, como el comunicado por un hombre a Elí (1 Sam. 2, 27-36), a Saúl por Samuel, a David por Netán (2 Sam. 7 y 12), y a Jeroboán I por Apias (1 Re. 11, 29 ss.; 14, 1 ss.). Una diferencia notable entre los oráculos de los grandes profetas de Israel y los de Mari, es que éstos son limitados en el contexto. Los dioses pedían mayores favores para sus templos, y sacrificios. Se pedían favores materiales. Los grandes profetas hebreos eran carismáticos e interpretaban la actuación de Dios en la historia y sus intenciones. La diferencia se basaba no en las formas, sino en la fe.

La religión de los patriarcas

La religión de Israel se basa en la elección de Dios a Abraham, entre todos los hombres, para que fuera el padre de los creyentes, de un gran pueblo, que habitaría el país de Canaán, relato descrito en el Génesis. Las tradiciones sobre los patriarcas se pusieron por escrito muchos siglos después. En ellas se han infiltrado ideas de épocas posteriores, difíciles de señalar. Hoy día se rechaza la tesis de la escuela panbabilónica de que los patriarcas son personajes de la mitología astral. Se puede aceptar que Jacob representa a Israel y que sus doce hijos son los símbolos de las futuras tribus de Israel. Se ha vinculado a los patriarcas con la invasión amorrea, que en los siglos XX y XIX invadió Palestina. La mayoría de los autores modernos admiten que la religión de los patriarcas responde a la realidad. La Arqueología ha demostrado que las costumbres y la justicia, descritas en tiempos de los patriarcas, tienen fundamentos reales. Los nombres de Abraham, Jacob, Labán y Zabulón se repiten en textos de Mari del siglo XVIII y de Nouzou del siglo XV. La religión, que según algunos se conservó por tradición en los santuarios locales hasta la época de David, responde a lo que se conoce de la religión del Oriente por aquellos siglos.

El dios de los patriarcas es JHWH, llamado también el «Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob» o «el Dios de mi padre», según costumbre del Oriente Antiguo. Los nombres de las tribus Gad, Asher, Zabulón y Dan se las ha interpretado como nombres de dioses. Dan es un dios cananeo, Zabulón parece el epíteto divino leído en Ugarit; también como dioses de

tribu o de familia, o como antepasados divinos. Es difícil dar una respuesta exacta. Algunas expresiones parecen designar a Dios como miembro del clan de Isaac. Hay nombres divinos compuestos sobre El, el gran dios creador y bienhechor del panteón cananeo, el dios supremo de la mayor parte de los pueblos semitas. Estos nombres aparecen en relación no con los patriarcas, sino con los lugares de culto, como El Elyon, el dios de Jerusalén; El Olam, El de la eternidad; El Shaddai, El de las montañas, El-Bétthel, simple forma local del gran dios amorreo y sirio de la tempestad, Hadad. Estos nombres formados sobre El son variantes locales del dios cananeo de la tormenta. Las tradiciones sobre los patriarcas reflejan la fusión entre el «Dios de los padres» y el gran dios cananeo, pero es difícil de precisar si es de la misma naturaleza. En todo caso supone cierto parecido entre las dos divinidades.

Sobre la religión de los patriarcas es posible hacer algunas suposiciones por comparación con la de los pueblos vecinos.

Así, en los relatos de los patriarcas, por tres veces, Jacob coloca una piedra, donde Dios se ha revelado. En su caso se trata de una tumba, en el segundo se entrecruzan dos tradiciones diferentes: en una se trata de un monumento monolítico; en otra de un montón de piedras, pero en los dos casos se concluye una Alianza. En el tercer relato se menciona una piedra sobre la que había reposado la cabeza, cuando Dios y sus ángeles se revelaron a Jacob. Estas piedras, llamadas masséboth, son bien conocidas en la religión cananea. Los profetas las han condenado. Representan la presencia del dios masculino. Se derramaba sangre o grasa sobre ellas, y libaciones; los griegos los llamaban betilos. En el caso de Bethel explican una leyenda de la institución de un culto, ya que el santuario de Bethel era muy antiguo. No parece que estas piedras aludan a un altar, pues los nómadas semitas desconocen los altares. En los relatos de los patriarcas se alude a los árboles, como el terebinto de Siquem, donde se obtenían oráculos; el de Mamré; Abraham plantó un tamarinto en Beer-Sheba, lo que parece indicar la existencia de árboles sagrados en época de los patriarcas. En la religión cananea el árbol va unido con cultos de fecundidad. Junto a ellos se celebraban estos cultos condenados por los profetas. Se puede, por lo tanto, asegurar no la historidad de estos relatos, sino, simplemente, que los árboles y las piedras desempeñaban un papel importante en la religiosidad de esta época.

Los teraphim plantean un problema, ya que Raquel al abandonar Paddan-Aram roba los teraphim de su padre y los coloca en el camello. Labán los llama mis dioses, lo que parece indicar que se trata de estatuillas. Se les utilizaba para obtener oráculos. Para algunos autores son las numerosas figurillas de la diosa de la fecundidad halladas en Palestina, que servían de amuletos.

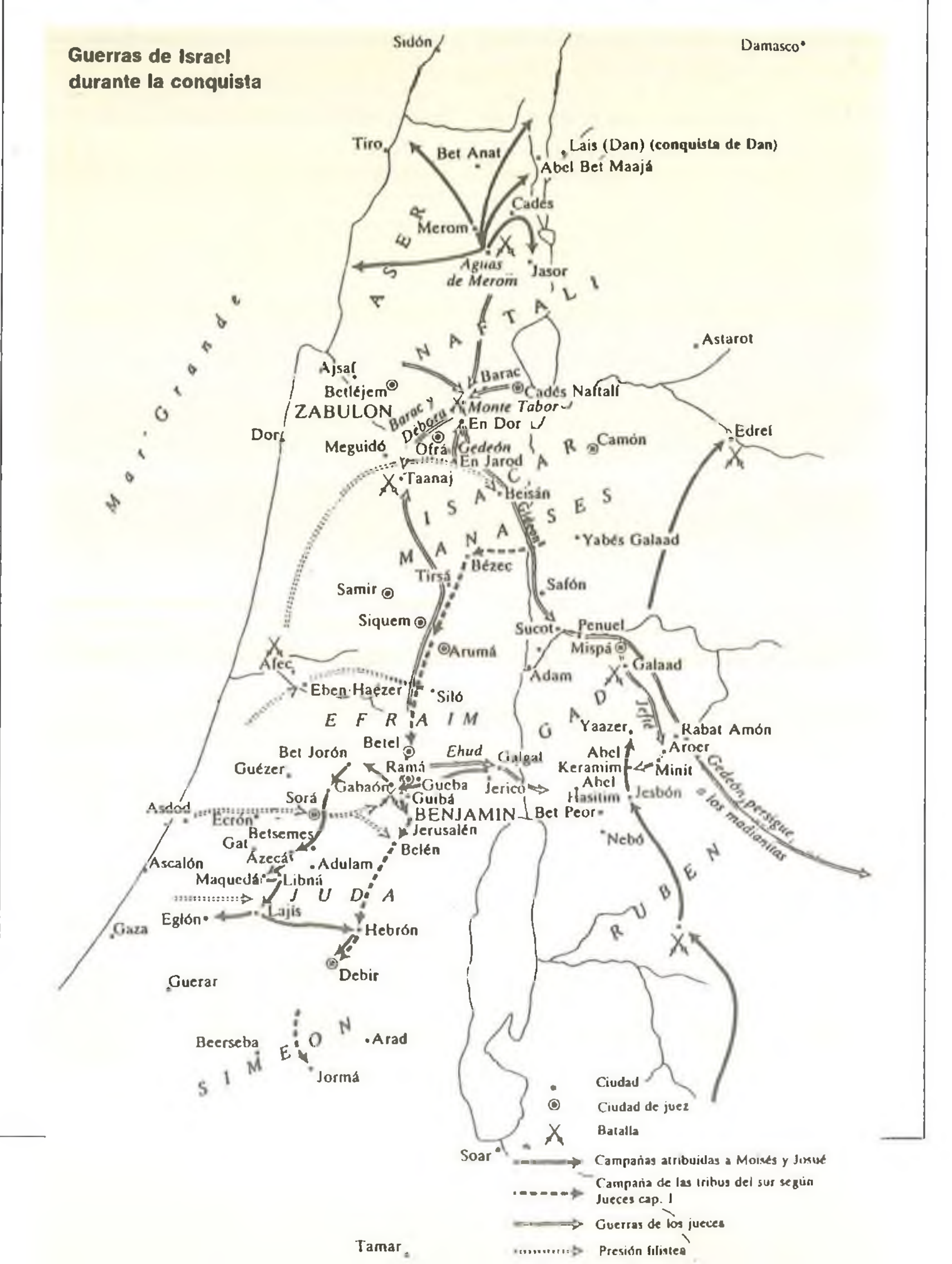
En los relatos de los patriarcas es esencial la obediencia, la confianza a Dios y la cólera de su protección divina.

Moisés. Comienzos de la religión de Israel

Moisés es el fundador de la religión de Israel. Su jefe político y religioso. Es el intermediario entre su pueblo y JHWH. El relato del Exodo está tan enraizado en la posterior historia de Israel que es imposible que no tenga un fondo histórico, aunque los sucesos históricos reales sean oscuros. El grupo de hebreos, que salió de Egipto, parece ser el de Leví, aunque es posible que hubiera otros grupos igualmente.

Las intervenciones más antiguas de JHWH en la historia no tienen lugar en el Sinaí, sólo se alude a la libera-

ción y al origen de la tierra prometida, lo que indica que las tradiciones sobre el Sinaí se han transmitido en una fiesta de la renovación de la Alianza. Las del Exodo proceden de otro contexto, a la leyenda cultural de la pascua. Estas últimas son las más antiguas. La idea de Alianza y de su fiesta es de origen septentrional, donde en la época de David y de Salomón, se agrupaban unas tribus a las de Manasés y Efraím. En cambio, al grupo meridional, constituido principalmente por Judá, con centro en Hebrón, según algunos autores, pertenecerían las tradiciones sobre el Exodo. La aparición de JHWH sobre la montaña se encuentra en los dos grupos, llamada en un caso Sinaí y en otro Horeb. No se puede negar la historia



de Moisés, lo que no prueba que todos los relatos del Exodo sean históricos.

La leyenda de la exposición de Moisés niño en el Nilo tiene paralelos en otras leyendas de la Antigüedad, como en la de Sargón de Babilonia, en la de Rómulo y Remo de Roma, en la Habis de Tartesos, en la de Perseo, en la de Ciro, etc. Todas prueban la protección divina sobre un futuro gran rey.

Moisés asesinó a un egipcio y se refugió en Median, donde casó a la hija, Séfora, del sacerdote madianita Reonel, o Jethró. El dios de los Padres se reveló a Moisés en una zarza ardiente y le encargó liberar a su pueblo oprimido por los egipcios. A la pregunta sobre su nombre responde «yo soy el que soy» de interpretación discutida: «El existente», «El que llama al ser» o «El que es», o «el que creó». Dios no quiere dar su nombre, pero se revela a Moisés como el que quiere ayudar a su pueblo.

Sobre la cuestión de la historicidad de la presencia de Moisés en Madián, tribu beduina del noroeste de Arabia, sólo es posible proponer hipótesis. Es posible ciertas relaciones entre los hebreos del Exodo, Madián y los Kenianos, que adoraban a JHWH, por lo que se ha propuesto la hipótesis de que el culto de JHWH remonta a los Kenianos, hipótesis que es la única con ciertos visos de probabilidad.

Los relatos sobre las plagas, para explicar el origen de la pascua y el milagro del Mar Rojo es una leyenda litúrgica.

JHWH se aparece a los israelitas al pie de la montaña, entre fuego y tormenta y concluye con los israelitas una Alianza, que consiste en que él será su Dios y ellos su pueblo. Con esta ocasión se menciona el Decálogo, y el Código de la Alianza, que es algo posterior. Este relato está influenciado por el culto.

Antes de revelarse Dios tuvo lugar una purificación ritual. La aparición de JHWH está descrita con el vocabulario de una teofanía litúrgica.

Se ha señalado que la Alianza entre JHWH y los israelitas se concluye según los contratos hititas, que constan de: 1) Introducción, «Así habla...» 2) Relación entre las partes. En el caso de Israel Dios habla en primera persona: «Así dice el Señor, el Dios de Israel», «Yo soy el Señor». 3) Términos del contrato: «Quitad de en medio los dioses a los que sirvieron vuestros padres al otro lado del río (Eufrates) y en Egipto, y servid al Señor» (Jos. 24, 14). En Israel es el Decálogo el que determina las obligaciones religiosas. 4) Decreto para depositar el contrato en un templo y leerle regularmente. En Israel, la Alianza con Josué se deposita en el santuario de Siquem (Jos. 29, 26). El Decálogo de la Alianza se guardaba en el Arca (Ex. 25, 16, 21). 5) Fórmulas de bendición y de maldición. Las estipulaciones duraban mientras vivieran los vinculantes. Por esto, la Alianza en Israel había que renovarla. No era solamente con los padres, sino con



Detalle del nombre «Israel». Estela egipcia de Mer-ne-Ptah. Procedente de Tebas (1470-1445 a.C.)

todos los que vivieran después. La idea de la Alianza la conocen los hititas desde el siglo XIV. Podría ser el relato hebreo una influencia hitita sobre la tradición septentrional, pero no es totalmente seguro por ser la Alianza hitita más reciente. La idea de la Alianza es fundamental en la religión hebrea, pero es imposible de precisar en qué medida remonta a Moisés. Lo lógico es admitir que si la Alianza es pieza fundamental en la religión israelita en origen procede de Moisés. Su parentesco con los textos hititas no demuestra lo contrario. Una cosa es la forma de la Alianza y otra el origen. El Código de la Alianza refleja una situación de la época de los jueces. Algunas expresiones del Decálogo son ya típicas de un período sedentario, pero podían ser añadidos posteriores.

Si la Alianza remonta a Moisés es necesario un resumen que es el Decálogo, de los términos del contrato, que formaba parte de la liturgia de la fiesta de la Alianza. Pero no se pueden precisar los términos exactos originales del Decálogo.

La permanencia de los israelitas en el Oasis de Kadesh Barnea parece ser un hecho histórico. Algunos autores son de la opinión que en este lugar se originó el culto de JHWH, donde los levitas desempeñarían un papel importante y se opusieron al culto al toro de origen cananeo, introducido por Aarón. La explicación de que los israelitas vivieron 40 años en el desierto como castigo a la incredulidad del pueblo, parece ser un invento posterior.

Es difícil precisar con exactitud, en las fuentes de que se dispone, el papel desempeñado por Moisés en los orígenes de la religión israelita. Tuvo una experiencia religiosa profunda, al igual que otros fundadores de religiones, como Mahoma. Hizo una confederación de tribus, sin poder precisar cuáles participaban, basada en la fe y concluyó una Alianza entre su pueblo y JHWH. La naturaleza en origen de esta confederación es difícil de conocer. Las doce tribus son ya de época de la ocupación palestina. Las leyes se conocen en su forma posterior. Es privativo de la religión mosaica el adorar sólo a un dios, lo cual no es negar la existencia de los dioses de otros pueblos, y la prohibición de fabricar imágenes. La religión mosaica no es, pues, un monoteísmo. Tampoco es posible establecer una vinculación entre el monoteísmo de Akhenaton y la religión mosaica a pesar de que el salmo hebreo 104 ofrece un parentesco notable con el himno al sol del rey egipcio, ya que JHWH no es un dios solar.

Después, la presencia de JHWH estuvo simbolizada por el Arca de La Alianza, que debió existir ya en el desierto. El Arca se data ya en la época de la conquista de Canaán, o aquí se la dio un sentido nuevo. La tradición sacerdotal se refiere al arca guardada en una tienda, que servía de santuario en el desierto. La tienda es un santuario transportable del tipo de los que tienen los nómadas árabes preislámicos, los beduinos y los cartagineses. Las tribus se debieron agrupar alrededor del Arca y de la tienda. En el desierto había sacrificios.

La religión hebrea en la época de los jueces. La religión cananea

La existencia de las 12 tribus en Canaán se ha interpretado frecuentemente como una anfictionia de tipo griego, creada alrededor del santuario de Delfos, como las hubo entre los etruscos y entre los semitas. Esta teoría se ha desechado últimamente.

Los israelitas eran pastores nómadas y los cananeos agricultores sedentarios. La religión fue mezcla de la de ambos pueblos.

La religión cananea se conoce bien por los textos de Ugarit y por los de

Ebbla, que es un pueblo protocananeo, entre el que se encuentra la primera mención de JHWH, muchos siglos antes que entre los judíos y los Kenianos.

El dios supremo cananeo era El, llamado rey, el toro, el padre. Recibió culto en Jerusalén bajo el nombre El Elyon. Un dios de la fecundidad era Baal, que se adoraba en muchas ciudades bajo diferentes advocaciones, Baal del cielo, Baal de las moscas, Baal de la Alianza, etc. Es un dios de la vegetación, que muere y resucita. El dios Mot le mata, pero vencido por su hermana Anat, Baal resucita. Este mito es un símbolo de la vegetación que todos los años muere y florece de nuevo. Otros dioses del panteón cananeo son Astarté, diosa de la fecundidad y de la vida, equivalente a la Istar babilónica o a la Inana sumeria. El culto de Astarté se extendió mucho en Israel. Salomón la dedicó un altar (1 Re. 11, 5). La armadura de Saúl fue colgada en su templo en Beisán (1 Sam. 31, 10).

Athirat era la compañera de El. JHWH no tuvo, por el contrario, ni esposa, ni familia, esto es una diferencia sustancial entre El y JHWH. El culto a Athirat penetró en Israel. Así Jeyabel introdujo 400 profetas de esta diosa (1 Re. 18, 19). Manasés colocó su imagen en el templo (2 Re. 21, 7). Su símbolo era un árbol sagrado, que Acab plantó en Samaria (1 Re. 16, 33), al igual que Manasés en Jerusalén (2 Re. 21, 3). Estos árboles sagrados proliferaban mucho en Israel, se ordenó quemarlos o cortarlos (Dt. 5, 7; 12, 13; 16, 21, Miq. 5, 14). Junto a estos dioses recibía culto un dios de carácter solar, llamado Beth-Shemesh. Las fuentes ugaríticas mencionan una diosa solar de nombre Shapshu. El dios de la luna, Beth Yerach, es bien conocido en diferentes lugares y en los textos de Ugarit.

Entre los cananeos un elemento importante fue la prostitución sagrada, que era un matrimonio sagrado que también se documenta entre los pueblos del Eufrates y del Tigris. Continuamente se colocaba entre los Israelitas: «No habrá prostitutas sagradas entre las hijas de Israel, ni entre los hijos de Israel habrá prostitutas sagradas. Tú no llevarás el salario de una ramera, ni la paga de un perro a la casa del Señor, tu Dios, pues ambas cosas son abominables para el Señor tu Dios» (Dt. 23, 17-18). Era una parte de la liturgia para hacer fecundo el país. Las liturgias de la muerte y de la resurrección unidas a los cultos de la fecundidad eran fundamentales en la religión cananea. Entre las religiones hebrea y cananea existieron puntos de contacto. La idea de la teofanía parece ser de origen israelita, pero JHWE, que se aparece en medio del fuego y desde el trueno, elementos que están presentes en los recintos antiguos de las teofanías, se emparenta con los Baeles de los textos de Ugarit.

En la época de los jueces no se ha establecido una diferencia tajante entre Baal y JHWH, como lo indican la gran cantidad de nombres compuestos de Baal entre los israelitas: Ishbaal, hijo de Saúl, y Yerubball, que es Gedeón. A Baal se le adoraba junto a JHWH o era un epíteto de este último. Después Baal sería su enemigo. El salmo 29 fue un himno a Baal, que después se aplicó a JHWH. A El se le confundió con JHWH, aunque algunas veces se les diferenció y parece que JHWH está subordinado.

El es el criador del creador del cielo y de la tierra, creencia que después pasó a JHWH, probablemente en época de David.

Concepciones sobre JHWH

Las concepciones sobre Dios en la época de los jueces quedan bien claras en el Canto de Debóra, que es una de las partes, como se indicó, más antiguas de la Biblia, contemporánea de los sucesos a los que se refiere.



El mítico monte Tabor

JHWH es el dios de Israel, que se aparece en una teofanía, como la del Sinaí. Es el dios del trueno, de la lluvia y del Sinaí. Interviene en favor de Israel. Es el dios de los guerreros. Este Cantito presenta algunos aspectos de JHWH. Si el Código de la Alianza data de la época de los jueces, la moral desempeñó un gran papel en la religión. Las afirmaciones anteriores se datan en esta época, que JHWH es único, que no hay otros dioses, que sólo hay que sacrificar a JHWH, que se ocupa de la viuda y de los huérfanos.

En el libro de los jueces queda claro la ayuda divina prestada a Israel en las guerras.

La influencia de la religión cananea fue profunda en Israel. Para obtener buenas cosechas los israelitas invocaban a Baal y a Astarté.

El culto israelita

Se conservan pocos datos del culto en la época de los jueces. El arca desempeñó un papel importante en el culto y en el santuario. Representó la presencia de JHWH. Se la llevaba al campo de batalla. Tenía dos estatuas de querubines, esfinges. Era el trono de JHWH. Se la menciona en diferentes lugares, en el campo de Guilgal, que después fue un santuario; en Siquem; en Bethel, y en Silo. Cayó en poder de los filisteos, a los que ocasionó males. También estuvo en Kiry Ath-Yearim, y finalmente en Jerusalén. El Arca y la tienda pertenecen a dos tradiciones diferentes.

El Libro de los Jueces menciona varios lugares de culto, algunos ya cananeos, como Silo, Bethel, Guil-

gal, Dan, Ophra, Gibon, lugares todos vinculados con teofanías u otros hechos importantes. En Bethel, Jacob tuvo su revelación en el sueño. En Ophra se apareció al ángel de JHWH, etc.

Había sacrificios en el culto de la época de los jueces, a los que alude el Libro de los Jueces. Elí, el sacerdote de Silo y sus hijos, ofrecían sacrificios al igual que Samuel, Manoah, padre de Sansón, ofreció un sacrificio a JHWH, etc. El sacrificio israelita fue muy parecido al cananeo. Otros cultos están tomados de los cananeos, como el de los cuatro días, que las muchachas lloraban sobre las montañas, originario de los cultos cananeos de la fecundidad, como también las danzas de las jóvenes entre las viñas. Se celebraban tres fiestas anuales: la fiesta de los panes sin levadura, que tenía lugar en la primavera; la fiesta de las semanas, que se celebraba siete semanas más tarde y la fiesta de la recolección de los frutos. Las tres son fiestas agrarias, y deben remontar a Canaán. Sólo la de la Pascua es de la época del desierto. Una fiesta religiosa fue la del esquileo.

En la fiesta del otoño se celebró una fiesta de renovación de la Alianza, anualmente, aunque también se la recordaba cada siete años, con lecturas públicas de la ley y la obligación de guardarlas. La asamblea de Siquem, con el relato de la actividad de JHWH, tiene el carácter, al igual que el adjurar de los dioses extranjeros, de una fiesta de renovación de la Alianza. Estas fiestas fueron más importantes que los sacrificios. Mediante suertes se conocía la voluntad de JHWH en los santuarios. En Bethel se obtuvieron oráculos.

Se ignora si existían ya sacerdotes en el desierto, pues los datos del Pentateuco son posteriores. Los relatos más antiguos indican que cualquiera podía ofrecer un sacrificio, como Samuel. Se mencionan los sacrificios ya en época de los jueces. Los varones de la tribu de Leví parecen haber formado el primer grupo sacerdotal, encargado de un culto sincretístico. Estaban vinculados con lugares de culto concreto. Tenían encomendados los sacrificios y los oráculos obtenidos frecuentemente mediante sorteo de dos piedras, *urim* y *thummin*, guardadas en el pectoral del Sumo Sacerdote.

Habrá también adivinos, profetas o videntes, como Samuel, calificado también de profeta.



Sarcófago filisteo. Hallado en Beth-Shean

La guerra era considerada santa. Se convocaba a ella al toque de trompeta. Los guerreros debían guardar ciertas prescripciones rituales. Se interrogaba a JHWH, antes de combatir. JHWH combatía por Israel. Estaba prohibida la destrucción total del botín, que era consagrado a JHWH. La guerra santa es exclusiva de Israel y no existió en otros pueblos vecinos.

III. La monarquía. Historia y cultura

Saúl

Después del gobierno de los jueces se estableció la monarquía en Israel. El libro 1 de Samuel (8, 4, 17) cuenta la creación de la monarquía israelita en los siguientes términos: «Entonces todos los ancianos de Israel se reunieron y fueron a entrevistarse con Samuel en Ramá. Le dijeron: mira, tú eres ya viejo, y tus hijos no se comportan como tú. Nómbranos un rey que nos gobierne, como se hace con todas las naciones... El les dijo: éstos son los derechos del rey que os regirá; a vuestros hijos los llevará para enrolarse en sus destacamentos de carros, y caballería, y para que vayan delante de su carroza... A vuestras hijas se las llevará como perfumistas, cocineras y reposteras. Vuestros carros, viñas y los mejores olivares os los quitará para dárselos a sus ministros. De vuestro grano y vuestras viñas os exigirá diezmos, para dárselos a sus funcionarios y ministros. De vuestros rebaños os exigirá diezmos, ¡y vosotros mismos seréis los esclavos!»

Las ciudades cananeas estaban gobernadas por reyes, lo que influiría en Israel. Los israelitas lucharon contra los filisteos, a partir del año 1000. La primera batalla la ganaron los filisteos. El santuario de Silo fue destruido. El Arca de la Alianza cayó en poder de los filisteos. Se pusieron guarniciones filisteas en territorio israelita.

El primer rey israelita fue Saúl, nombrado en el santuario de Galgal, que intervino como jefe carismático contra los ammonitas al frente del ejército de las 12 tribus, a los que venció. El rey, que era fundamentalmente un jefe militar, luchó continuamente contra los filisteos; primero en Cabaa, que fue arrasada (1 Sam. 14, 49); y contra los amalecitas (Sam. 15, 155), que habitaban el Sur. Pronto estallaron querellas internas dentro de la monarquía al no estar bien definidas las funciones sagradas y profanas del rey, lo que perjudicó a la monarquía. Los filisteos atacaron de nuevo. El ejército israelita fue vencido y Saúl se suicidó. Los filisteos ocuparon el territorio de las tribus israelitas, Galilea y Transjordania (1 Sam. 31, 7).

David

A Saúl sucedió David, que convirtió a Israel en una potencia política. Había nacido en Belén, capital de la tribu de Judá. Fue adscrito al séquito de Saúl como escudero. Despedido de la Corte se puso al frente de una banda de salteadores en Cisjordania. Primero sirvió a los filiseos.

A la muerte de Saúl sus tribus un-

gieron en Hebrón a David como rey, lo que eliminó a la Confederación de las 12 tribus como unidad política. Pronto estallaron disensiones entre Judá, las 6 tribus del sur, e Israel. La contienda terminó con la proclamación de David como rey de Israel y de Judá. Enseguida los filisteos cayeron en la cuenta del peligro que significaba la monarquía de David, pero fueron vencidos en el norte, en Perasim. Los filisteos perdieron la supremacía en Palestina y quedaron reducidos al sur de la llanura costera. A continuación cayó Jerusalén, ciudad jebusea, que convirtió David en capital, por estar mejor situada, entre los reinos de Judá e Israel, que Hebrón. A Jerusalén se trasladó el arca. Dio David cohesión y extensión territorial a los dos reinos, incorporando antiguos dominios cananeos, creando un gran imperio, que incluyó parte de Palestina y de Siria (2 Sam. 8, 1-14; 10, 1-11; 12, 26-11), organizado según el modelo egipcio. Sometido el reino de Moab, luchó contra los arameos y ammonitas, a los que venció, así como al reino de Edom (2 Sam. 8, 13-14). Mantuvo excelentes relaciones con las ciudades fenicias de la costa, de donde trajo los cedros del Líbano y obreros especializados para construir los palacios reales (2 Sam. 5, 11). David fundó el primer organismo político importante en suelo palestino, que abarcaba una gran parte de Siria y de Palestina. David utilizaba en el ejército mercenarios. El imperio estaba vinculado al poder personal del fundador. Al final de su reinado, los hijos lucharon por la sucesión, querellas bien descritas en 2 Sam. 7; 9, 1, 20, 21; 1 Re. 1-2. El profeta Natán había proclamado en nombre de JHWH que la monarquía debía continuar después de su muerte. Mikal no tuvo hijos. Según el derecho israelita el sucesor debía ser el hijo mayor, pero los 5 hijos no lo tuvieron en cuenta. Amón era el hijo primogénito, pero fue asesinado por Absalón por haber violado a su hermana Tamar. Absalón intentó hacerse con el poder (2 Sam. 15-19), con el grupo de las tribus israelitas. Se proclamó rey en Hebrón, lo que significaba la destitución de David, que sólo le quedaron los mercenarios, Absalón fue derrotado en Transjordania. Las tribus de Israel descontentas por no haber acudido el rey a ellas se sublevaron. La sucesión al trono la reivindicó Adonias, con el apoyo del jefe militar Joab y del sacerdote de Jerusalén, Aliatar, que atrajeron a su causa a Betsabé, con la que David se había unido en adulterio, haciendo matar a su esposo, Urías (2 Sam. 11, 2 ss.), que le dio su hijo Salomón, crimen que fue reprochado por Natán. David proclamó a éste último, y Saduq le proclamó rey de Jerusalén (1 Re. 1, 28-40). Adonias renunció al trono.

Salomón

El autor del Deuteronomio (1 Re. 3-11) utilizó para describir este reinado el *Libro de Salomón*, que era una compilación de los anales del rey. Comenzó Salomón eliminando a Adonias y a sus partidarios; apoyado en el jefe de los mercenarios hizo matar al general Toab. No amplió el imperio recibido. Tampoco hizo guerras. Un aventurero, Rezón, se proclamó rey en Damasco (1 Re. 11, 23-25), dando origen al reino arameo de Damasco. Se sublevó Jeroboán. La revuelta fracasó. Salomón ha pasado a la Historia como un gran constructor en Jersualén, ampliando la capital y levantando palacios, rodeados de murallas. El edificio más famoso fue el Templo, erigido en el lugar de la «Cúpula de la Roca», sobre una roca santa. En realidad era el santuario real, que siguió los modelos cananeos. Fue levantado por obreros fenicios. Se conoce bien el inventario de su contenido (1 Re. 6, 1-38; 7, 13-51). La actividad constructora de este soberano se extendió a otras ciudades.

Levantó ciudades para los carros de combate y los caballos y en Meguido las caballerizas, utilizando trabajos forzados, con israelitas (1 Re. 5, 27) o con forasteros (1 Re. 9, 15, 20-22). Salomón hizo un tratado con Hiram de Toro (1 Re. 5, 15-26) para obtener madera para las construcciones, que pagaba con trigo y con aceite. La vida cortesana fue escandalosa en su corte. El lujo alcanzó cotas desconocidas antes; competía por la fastuosidad con las restantes cortes del Oriente. La tradición alude a la fastuosidad de Salomón (1 Re. 10, 14-22), y a sus fabulosas riquezas (Mt. 6, 29). Su harén era muy importante (1 Re. 11, 1 ss.). Creó un sistema de exacción, dividiendo el territorio en 12 distritos. Al frente de cada uno colocó un intendente, que cuidaba de las propiedades reales, y de los suministros de la corte. Hubo prestaciones numerosas en tiempos de Salomón. Al parecer, amplió las propiedades de la corona y organizó la administración. Tanto David (2 Sam. 8, 16-18; 20, 23-26), como Salomón (1 Re. 4, 2-6) desarrollaron la administración mediante altos funcionarios de la corona. En estos reinados se utilizó ya la moneda. Las tribus estaban combinadas con los numerosos Estado-Ciudades cananeos. La vida ciudadana atrajo cada vez más a los israelitas. La monarquía persistió como una institución histórica, pero no exclusivamente profana; concepción que difiere radicalmente de la de otros pueblos del Oriente, donde era deseada por los dioses. Las relaciones entre Dios y el rey se presentan en Israel



Figura filistea. Hallada en Beth-Shean

bajo la forma de una filiación adoptiva. El rey no era de naturaleza divina. Organizó una flota, que recorrió el Mar Rojo (1 Re. 9, 26-28; 10, 11-12) y que traía de Africa oro, maderas preciosas y objetos exóticos. El puerto de esta flota fue Esyon Geber, en cuyas proximidades había minas. Importó caballos de Cilicia, que vendía a los reyes neohititas y de Aram. La presión de la religión cananea fue grande, durante su reinado. El propio Salomón acabó postrado ante Astarté, diosa de los sidonios, ante Kemos, dios de Moab, y ante Milkom, dios de los ammonitas (1 Re. 11, 33).

Vida cultural

La tradición (1 Re. 5, 9-24) atribuyó a Salomón una gran sabiduría, dentro de la tradición sapiencial del Antiguo Oriente. Su sabiduría estaba vinculada con los fenómenos naturales, conocidos en Egipto y Mesopotamia. Se le atribuyen proverbios y cantos, que diferencian la obra de Salomón de la restante literatura del Oriente. En época de David y de Salomón aparece la verdadera literatura israelita. Son crónicas, con anterioridad hubo sólo leyendas populares transmitidas oralmente, como las del Pentateuco, del Libro de Josué, y de los Jueces. En estos dos reinados hicieron su aparición los anales reales redactados por escribas (2 Sam. 8, 17; 20, 25), que formaron después el *Libro de los hechos de Salomón*.

Otras obras no fueron escritas por órdenes oficiales, como las narraciones de la ascención de David, escritas la primera, seguramente, por el propio David y la segunda antes de la muerte de Salomón. Los autores anónimos de ellas fueron contemporáneos. Vieron en los acontecimientos históricos la intervención de Dios, que es el dueño de la Historia. Los hombres actúan según su voluntad. Es probable que se diera también forma literaria a la tradición transmitida oralmente, o sea la compilación del Pentateuco en su forma yahwista, que trata de los temas fundamentales de la fe israelita. De estos reinados datan los testimonios anteriores a los primitivos relatos populares. La época de Salomón se le ha calificado de período «típico de la ilustración».



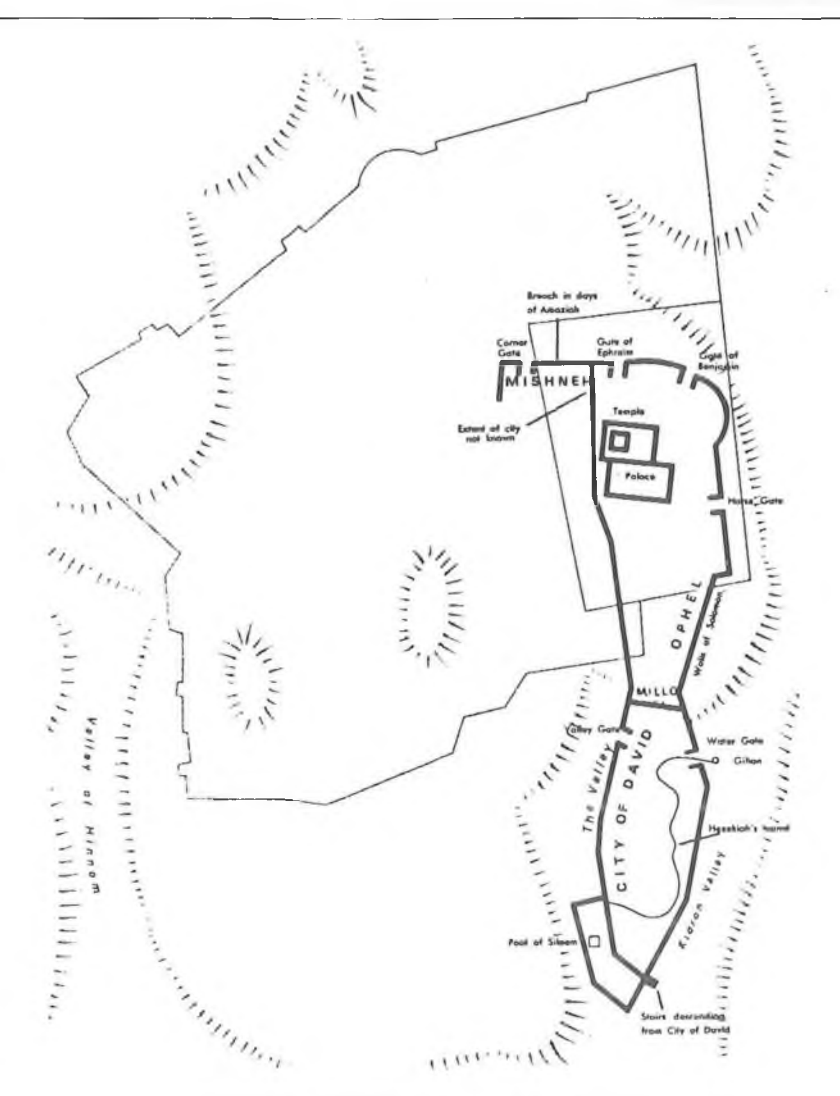




Sellos reales judíos
(Siglo VII a.C.)

Los reinos de Judá e Israel

Salomón murió hacia el año 925 a.C., después de reinar 40 años. A una fecha algo posterior se vinculan los documentos cronológicos de la historia de los reyes de Judá e Israel, que el



Plano de Jerusalén en época del rey David
(Según Negev)

historiador de la obra deuteronomística redacta, utilizando las *Crónicas de los reyes de Judá y de Israel* extraídas de los anales oficiales.

El hijo mayor de Salomón, Roboam, subió al trono en Judá. Los ancianos de Israel se reunieron en Siquem, para imponer condiciones antes de aceptarle como rey; al no admitirlas, se separaron de Judá. Eligieron a Jeroboam. A partir de ahora hubo dos reinos, Judá e Israel. El primero mantuvo la descendencia de David, con la capital en Jerusalén, que siguió siendo el centro religioso de los dos reinos.

En Israel la monarquía fue algo inestable. El rey fue designado, como en el caso de Jeroboam, por un profeta, que intervenía en nombre de Dios. A Jeroboam sucedió su hijo Nadab, que fue asesinado por Baasa, designado por un profeta, asesinado a su vez por el oficial Zanón. A su muerte

estalló la guerra por el trono y fue proclamado rey un jefe militar, Omri (878-877 a.C.), cuya familia reinó 30 años. Es posible que fuera un mercenario, ya que su nombre no es israelita. El profeta Eliseo ungió rey a Jehu (2 Re. 9, 1, ss.), oficial del ejército, que se deshizo del descendiente de la familia de Omri (845-844 a.C.). La dinastía de Jehu gobernó un siglo. Siguió una serie de usurpadores. La capital de Israel cambió varias veces: Siquen, Penuel en Transjordania, Tirsah, en tiempos de Jeroboam. Omri construyó Samaria. Jeroboam convirtió en santuarios reales a los antiguos, Bebel y Dan, donde colocó un becerro de oro, no considerado en principio como imágenes divinas, sino como pedestales de una deidad invisible. El pueblo debió ver en ellos una materialización de la divinidad; un tercer santuario, posterior, hubo en Samaria. Estos santuarios reales fueron rechazados por los profetas.

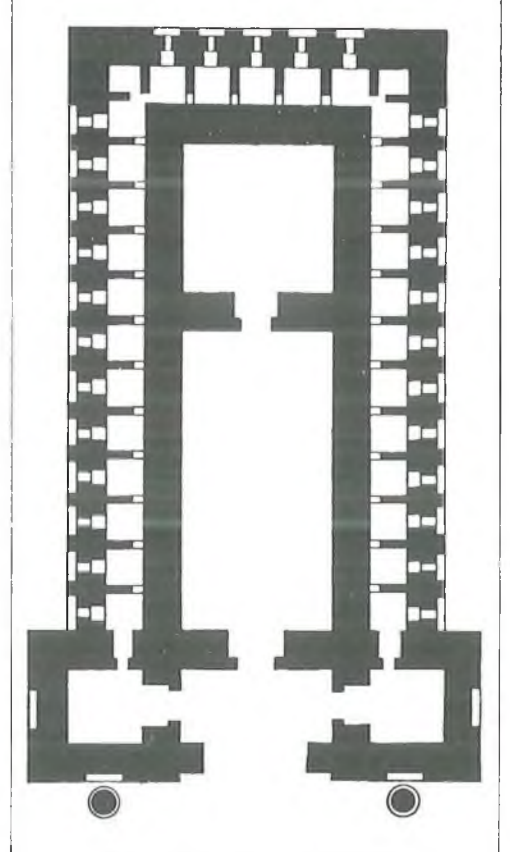
Al principio, hubo enemistad entre los dos reinos, pero pronto se admitió la separación entre ambos. Israel se apoderó del territorio de la tribu de Benjamín. La época de la dinastía de Jehu fue de prosperidad y paz para Israel. La de Jeroboam (787/786-746/746) también fue buena, al igual que el gobierno de Ozias.

Guerras exteriores

Israel se vio obligado a combatir contra los filisteos, aliados de los arameos de Damasco. Al faraón Sisaq I, jefe de los mercenarios libres, y fundador de la XXII Dinastía egipcia, Jeroboam (1 Re. 14, 25-28) pagó tributos de los tesoros del templo y del palacio de Jerusalén.

En Transjordania se luchó entre la dinastía de Omri y el reino arameo de Damasco, llevando Israel la peor parte. Israel procuró estar en buenas relaciones con las ciudades fenicias, ahora en un gran momento de expansión comercial. Al principio, Acab se casó con Jezabel, hija del rey de Tiro Etbaal, matrimonio que encontró gran oposición en el profeta Elías, ya que la reina practicaba su religión en el santuario de Samaria. Una sequía grande se interpretó como un castigo divino por la introducción de estos cultos. Los reyes de la dinastía de Omri fueron los más importantes del reino de Israel, pero encontraron una cierta oposición interna, que provocó la caída de la dinastía.

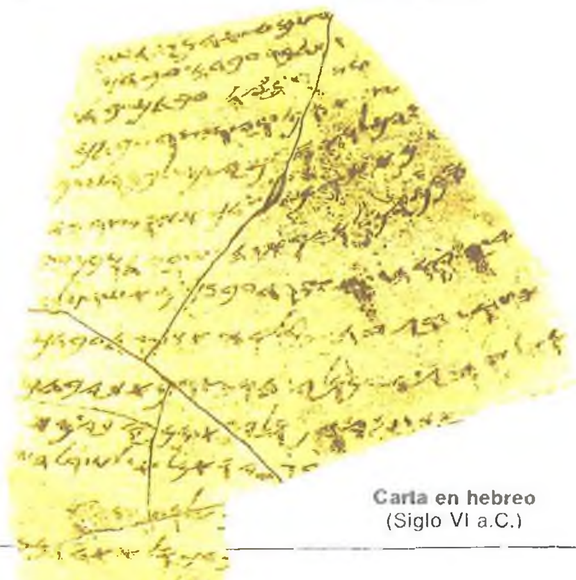
El reino de Moab dejó de pagar tributo a Israel (2 Re. 3, 4-5) y conquistó varias ciudades israelitas de la meseta.



Plano del Templo de Salomón

Durante el gobierno de la dinastía de Omri tuvo lugar la primera amenaza a Siria y Palestina de los asirios. En el año 853, en la ciudad de Gargar, en el norte de Siria, se dio una batalla entre Salmanasar III y una coalición de reyes sirio-palestinos, formada por Hadaclezar de Damasco, Ishuleni de Hamat, y Acab de Israel. Este último participó con 2.000 carros y 1.000 soldados. Venció Salmanasar III, pero no se siguieron consecuencias importantes. En las sucesivas expediciones de Salmanasar III no se vuelve a mencionar a Israel, que ante el peligro, hizo la paz con los arameos. Querellas estallaron nuevamente pasado el peligro asirio.

Jehu se presentó como el campeón de la religión de JHWH contra el culto de Baal. Destruyó su santuario en Samaria (2 Re. 10, 18-28). Se unió (2 Re. 10, 15 ss.) con los nómadas rekabitas. Denunció la Alianza con las ciudades fenicias, desde la que se infiltraban continuamente los cultos de Baal y Astarté, de los árboles, de los altos, la prostitución sagrada y el sacrificio de los hijos primogénitos a Moloch. Dejó decaer las relaciones con Judá. En el año 891 Jehu pagó tributo a Salmanasar III, que se había presentado en Siria por cuarta vez. El Obelisco Negro de basalto hallado en la capital real de Tell Nimrud, Kalah, representa la entrega de los tributos de Jehu. Durante los primeros años de gobierno de Jehu disminuyó la presión aramea, debido a las incursiones de los asirios contra el reino arameo de Damasco. En el año 841 Salmanasar III cercó a Damasco, sin poder conquistarla, y después llegó al macizo de Hanrán, centro del estado arameo. Los primeros reyes de la dinastía de Jehu padecieron mucho por la culpa de los arameos, no presionados ya por los asirios. Según el profeta Amós (Am. 1, 3) los arameos arrasaron la tierra de Galaad en el último tercio del siglo IX. Hazael ayudó a los filisteos contra Israel y Judá. Los ammonitas invadieron el país de Galaad y asesinaron a su población. Los acontecimientos de Siria permitieron un renacimiento de Israel. En el año 800 a.C., Adadnirari III marchó sobre Damasco, que pagó tributo. Esta expedición terminó con el poder del reino de Aram. En el siglo VIII se desarrolló el reino de Hamat y declinó el de Damasco. Jeroboam II reconquistó a los arameos los territorios perdidos. Durante la primera mitad del siglo VIII, Israel y Judá disfrutan de relativa prosperidad.



Carta en hebreo
(Siglo VI a.C.)



El Reino de Israel en la época de David y Salomón

IV. La religión de Israel, de la monarquía a la diáspora

Principios generales

El principio de la religión de Israel es, según el Deuteronomio (6, 9): «Escucha, Israel, JHWH, nuestro Dios, es el único JHWH», lo cual no es excluir la existencia de otros dioses, que se aceptan (7 Sam. 26, 19; Ps 82). Isaías (41, 7; 44, 9-20) niega ya la existencia de otros dioses. Los profetas son, pues, los verdaderos creadores del monoteísmo judío, que en origen era una monolatría o un henoteísmo. Epítetos suyos son «Dios de los ejércitos» (2 Sam. 5, 10, 1; Re. 19, 10), «el Señor», «Dios», «Dios el muy alto» y «Dios el todopoderoso». El hombre no puede ver a Dios (Ex. 33, 20). Reside en el cielo (Ps. 115, 3). Se revela en los fenómenos atmosféricos (Dt. 33, 2; Ps. 18, 8-10). Su vinculación con la fecundidad (Os. 2, 10) es secundaria y por oposición a los dioses cananeos. Uno de sus aspectos esenciales es su santidad (Is. 6, 3), que en origen no tiene que ver con la moral. Es un dios celoso y no tolera otros dioses a su lado (Ex. 20, 5). Tiene cólera, que se manifiesta en los castigos (So. 1, 15 s). Es un Dios grande y terrible (Dt. 7, 21). Es rey (Ps. 99, 1 ss.), que ha librado un combate en los tiempos míticos contra los monstruos del Caos, contra el Dragón, contra Leviatán (Ps. 74, 12-17). Su principal función, como rey, es juzgar (Ps. 75, 3 ss.). Es misericordioso (Ps. 103, 8-10 y 13).

JHWH se manifiesta por medio de su ángel. Otras veces se habla de su faz, de su gloria, y de su espíritu.

El culto a los dioses en Israel

La idea de la asamblea de los dioses (Ps. 82) es un influjo babilónico o cananeo. En Jerusalén se fusionó JHWH con el dios cananeo El Elyon. En los santuarios locales se tributaba culto también a Baal y a Astarté. Las huellas de sincretismo son numerosas en la Biblia. En el templo de Jerusalén se tributó culto al dios sumero-babilonio Tammuz, según Ezequiel (8, 14). Está atestiguado igualmente el culto al Sol (2 Re. 23, 11). Casos de sincretismo son: la introducción del culto a Baal por Jezabal, esposa de Acab; la introducción por los asirios después del 722 de sus dioses en el Reino del Norte, que recibían culto junto a JHWH (2 Re. 17, 30-32 s.). El rey Manasés reconstruyó los lugares altos, consagró altares a Baal, adoró todo el ejército celestial (culto astral), levantó en el Templo de Jerusalén altares a

los ídolos y una asherah, e hizo toda clase de prácticas mágicas (2 Re. 21, 3, 7). Sin embargo, los salmos atestiguan la supremacía absoluta de JHWH (86, 8; 89, 7-9; 95, 3). Su corte está compuesta de ángeles, que no son seres divinos (Ps. 103, 20; 148, 2), que protegen a los hombres (Ps. 34, 8; 9, 11 s.). Otros seres celestes son los serafines, y los querubines. El Antiguo Testamento conoce los demonios, cuya función no se define, pero que son extranjeros al jahvismo puro.

La creación

JHWH es el creador del mundo (Gen. 1, 1), por la palabra. Los relatos de la creación pertenecen a dos narraciones diferentes. El autor del Génesis 1 transforma un viejo mito, al descubrir la creación, próximo al texto babilonio. La lucha contra el dragón hace aparecer el mundo. (Ps. 74, 13 ss.; Job. 26, 12 s.). Todos los seres dependen de JHWH.

El paraíso

Mitos parecidos se encuentran en muchos pueblos. El pecado del hombre sería el deseo de ser semejante a Dios, como indica el profeta Isaías (14, 12-14) y Job (15, 7 s.). Las precisiones geográficas, el Tigris y el Eufrates, hacen pensar en una localización en Mesopotamia. El mito sumerio del Paraíso describe un jardín feliz sin sufrimiento, sin muerte. Los protagonistas introducen en el mundo el sufrimiento, al comer ocho platos prohibidos, pero esta narración difiere de la bíblica. Servía de introducción a una fórmula de conjuro contra ciertas enfermedades.

El diluvio

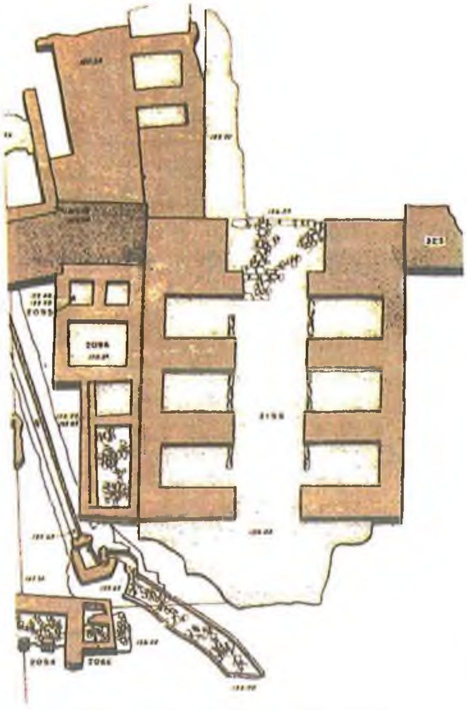
El pecado invadió el mundo. Caín mató a Abel (Gn. 4), que parece simbolizar la rivalidad entre pastores y campesinos. Las mujeres se mezclaron con seres celestes (Gen. 6, 1 ss.). Dios envió por el pecado una inundación, que cubrió toda la tierra. Leyendas parecidas se conocen por relatos sumerios y asirio-babilonios. Se diferencian en que en la Biblia el diluvio es un castigo por el pecado. JHWH restauró finalmente el orden cósmico. Las versiones sumerias y babilonias describen un episodio aislado. Son politeístas, mientras que el relato bíblico es monoteísta. En el Antiguo Testamento, los documentos mitológicos se utilizan en un cuadro histórico.

JHWH y la historia

En la religión israelita, JHWH dirige la historia, idea expresada magníficamente en la más antigua profesión de fe recogida en el Deuteronomio (26, 5-9). «Mi padre era un arameo errante, que bajó a Egipto y residió allí, como inmigrante, siendo pocos aún, pero se hizo una nación grande, fuerte y numerosa. Los egipcios nos maltrataron, nos oprimieron y nos impusieron dura servidumbre. Nosotros clamamos a JHWH, Dios de nuestros padres, y JHWH escuchó nuestra voz; vio nuestra miseria, nuestras penalidades y nuestra opresión. JHWH nos sacó de Egipto con mano fuerte y tenso brazo en medio de gran terror, señales y prodigios. Nos trajo aquí y nos dio esta tierra, tierra que mana leche y miel.» Todos los sucesos de la Historia de Israel son obra de JHWH; al igual que los de los otros pueblos (Am. 9, 7; 7 s.; 10, 5-7 y 15) JHWH castiga a su pueblo por su desobediencia, sirviéndose de la actuación de otros pueblos, que, para algunos profetas son también responsables ante JHWH; como Damasco, los filisteos, Toro, Edom, Ammón y Moab (Am. 1-2). La historia es contada en el Antiguo Testamento con categorías místicas. Así, el paso del Mar Rojo es descrito como la victoria de JHWH sobre el océano primordial.

La elección y la Alianza

En la religión de Israel es fundamental la idea de elección y de Alianza. El profeta Amós (3, 2) pone en boca de JHWH las siguientes frases: «Yo os he elegido, a vosotros solos, entre todos los pueblos de la tierra». El acto original de esta elección fue la salida de Egipto seguida de la Alianza del Sinaí. Pronto se generalizó la creencia en la



Plano de la ciudad de Megiddo

elección de Abraham. La elección responde a un plan divino preciso. Por Israel serán benditos todos los pueblos de la tierra (Gn. 12, 3), pero esta promesa parece ser de fecha reciente. El déutero Isaías (42, 7) habla de que Israel será la luz para las naciones, lo que le concede una vocación universal, de transmitir a todos los pueblos la voluntad de JHWH. La Alianza se concluyó en el Sinaí: «Si de veras escucháis mi voz y guardáis mi Alianza, vosotros seréis mi propiedad personal entre todos los pueblos, porque mía es toda la tierra, seréis para mí un reino de sacerdotes, y una nación santa» (Ex. 19, 5 ss.).

El hombre y JHWH

El hombre está creado de la tierra y Dios le insufla un soplo de vida (Gen. 2, 7). Es carne (H. 31, 3) perecedera (Sal. 90, 3 y 5), lo que no implica nada malo. Está hecho a imagen de Dios (Gn. 1, 26 ss.). El hombre es servidor de Dios. Ante él debe tener temor, respeto y amor (Dt. 6, 5). Depende absolutamente de Dios (Sal. 104), por lo que debe confiar en Dios (Is. 30, 15 s.), pero la religión israelita desconoce la unión mística con la divinidad. La ley es la expresión de la voluntad divina. Al buen comportamiento se le llamó justicia, que es la conformidad a una norma. La voluntad divina es la base de las leyes morales, resumidas en el Salmo 15: «el que anda sin tacha, y obra la justicia; que dice la verdad de corazón; y no calumnia con su lengua, que no daña a su hermano, ni hace agravio a su prójimo», que se recitaba en la liturgia de entrada al templo. El hombre es totalmente responsable de sus actos. El Antiguo Testamento conserva muchas leyes, como el Decálogo, que está en la boca de la liturgia de la renovación de la Alianza. Toda desobediencia es pecado. El hombre es pecador (Sal. 51). Algunos animales son impuros (Lev. 11; Dt. 14), al igual que todo lo referente a la vida sexual (Lev. 15). La impureza es de orden cultural y ritual. La consecuencia del pecado es la desgracia. El libro de Job, de fecha incierta, se plantea el problema del sufrimiento del justo. La solución del problema es la sumisión del hombre a Dios todopoderoso. En esta solución se diferencia fundamentalmente el Job bíblico, de los textos sumerios y acadios, con los que se le compara generalmente.

El culto

Los libros históricos del Antiguo Testamento aluden poco a los ritos. Las fuentes principales para el culto son las leyes cultuales y los salmos, que ofrecen una pintura muy exacta de la piedad israelita y de su relación con el culto. El templo desempeña un papel importante en el culto y en la piedad. Es la morada de JHWH (Sal. 2, 6, 8; 46, 5) y en él se revela a la comunidad (Sa. 96, 6). El templo inspira amor y alegría en el devoto israelita (Sal. 27, 4). Las fiestas son el día de JHWH (Sal. 118, 24).

Los lugares del culto

Según se ha indicado, JHWH recibió culto en muchos lugares, que en origen fueron, a veces, santuarios cananeos. Se les llama los lugares altos y constaban de un altar para los sacrificios, de una columna de piedra y de un tronco de árbol. Están bien documentados en el Deuteronomio y en los profetas, que condenan el culto sincretístico. Los árboles desempeñaban un lugar importante en la religión cananea. Contra ellos arremeten los profetas. Los edificios destinados al culto eran pocos. En Bethel funcionó un templo (1 Re. 12, 31; Am. 7, 13). El primer templo verdadero fue el de Salomón, calcado en los templos cananeos y levantado por artesanos fenicios. Era de forma rectangular. Constaba de un atrio con dos columnas y dos salas rectangulares. El interior era el *sancta sanctorum*, que guardaba el Arca de la Alianza, flanqueada por dos querubines, considerada como el trono, no ocupado de JHWH, y donde se guardaban las Tablas de la Ley. En el atrio se encontraba el altar escalonado de bronce destinado a los holocaustos. Un recipiente sostenido por 12 toros estaba destinado a las abluciones. Simbolizaba el océano de las aguas dulces. El santuario era considerado el centro del mundo, y la colina de Sión en la montaña septentrional de Dios (Sal. 48, 3), que era el paraíso. El templo era la casa de Dios (1 Re. 8, 12 s.). El templo de Salomón fue capilla real y centro religioso del pueblo a la vez.

Los sacrificios

El sacrificio israelita era de origen cananeo. Era un don. Obraba la comunión con la divinidad. Servía para espiar el pecado. En Israel había ofrendas de las primicias del ganado, y de los frutos del campo. Existían sacrificios de alimentos, de harina, de aceite y de incienso. En holocausto se sacrificaban toros, bueyes, carneros y palomas. El oferente hacía el rito de tocar con su mano la cabeza del animal. Se inmolaban los animales de-



Puerta de la ciudad de Megiddo.
(Epoca del Bronce medio). Reconstrucción

lante del altar, sobre el que se esparcía la sangre. Se troceaba la carne y se quemaba. Otros sacrificios eran de acción de gracias o votos, o de comunión. El Levítico (7, 11-21) distingue sacrificios de acción de gracias, de cumplimiento de un voto, y de ofrenda voluntaria. También había (Lev. 4 y 5) sacrificios de expiación por los pecados.

Los relatos más antiguos se refieren a sacrificios para aplacar la cólera de Dios. El Levítico (16) describe una fiesta anual de expiación, en la que el sumo sacerdote ofrecía un toro por sus pecados. También se hacían libaciones de aceite (Gn. 28, 185), de vino (Ex. 29, 43), y se quemaba incienso. Sobre los sacrificios humanos, extendidos en las religiones del Oriente, hay en la religión israelita algunas huellas (1 Re. 16, 34; Ju. 11, 30-40), pero no parecen que sean auténticamente israelitas. Otras veces, se ofrecían sacrificios humanos, tomados de los cultos cananeos (Lev. 18, 21; 20, 2-5; 2 Re. 23, 10; Jer. 32, 25), ofrecidos a Molok (Jer. 19, 5; 32, 35). Los sacrificios israelitas y cananeos eran muy parecidos. Los profetas de Baal y Elías ofrecían sacrificios muy semejantes (1 Re. 18, 23 s.). La importancia de la sangre de la víctima remonta a la etapa nómada de Israel. Los profetas no predicaron contra los sacrificios, sino contra la idea de que el sacrificio obra automáticamente (Am. 5, 22) en el oferente.

La liturgia

El sacrificio israelita fue la base del culto. Cada día se ofrecían dos holocaustos de un cordero; uno por la mañana, el segundo por la tarde (Ex. 29, 38-42). También desempeñaban un papel importante las procesiones y los cortejos. Se daba vueltas alrededor del altar (Sal. 26, 6) y de los muros de Jerusalén (Sal. 48, 13). En las fiestas se cantaba. Se tocaba el arpa, la cítara, los timbales y los cuernos (Sal. 98, 4-6). Los salmos, datados muchos de ellos antes del destierro, eran una poesía litúrgica, muy parecidos a los salmos babilonios y egipcios. Los himnos, que celebraban la grandeza de Dios, podían ser salmos de entronización (47, 93; 95-99), que cantan la realeza de JHWH e himnos de Sión (48, 84), que celebran la ciudad de Jerusalén o el templo. Tienen paralelos en Egipto o en Mesopotamia. Los salmos de acción de gracias se recitaban al mismo tiempo que se hacían los sacrificios del mismo nombre. En los salmos de lamentación se imploraba el favor de Dios. Se ha supuesto que cantores recitaban los salmos. Incluso, que en tiempos de David (1 Cr. 15, 16 ss.) existían ya asociaciones corales. El pueblo respondía Amén o Aleluya. También se conocían en Israel danzas litúrgicas (2 Sal. 6, 5). Igualmente se ha propuesto que en el culto israelita se celebraban ritos simbólicos, que se representaban (Sal. 66, 5).

Fiestas

En el Código de la Alianza (Ex. 23, 14-17) se conserva el más antiguo calendario de fiestas: «Tres veces al año me celebrarán fiestas. Guardarás las fiestas de los ázimos. Durante siete días comerás ázimos, como te he mandado, en el tiempo señalado, en el mes de abril (en primavera); pues en él saliste de Egipto... También guardarás la fiesta de la siega, de las primicias de tus trabajos, de lo que hayas sembrado en el campo, y la fiesta de la recolección al término del año, el recoger del campo los frutos de tu trabajo». A estas fiestas ya se ha aludido en páginas anteriores.

Huellas de concepciones míticas y usos litúrgicos se atestiguan en los cultos de Tammuz y de Baal; también se documentan en el Antiguo Testamento. Las lágrimas y risas litúrgicas se han interpretado como restos de los ritos relativos a la muerte y la resurrección del dios de la fecundidad (Os. 7, 14; Mi. 1, 10; Zac. 12, 11). Son ritos sin-

cretísticos condenados por los profetas. El contenido del Cantar de los Cantares, siglos V-IV, recuerda a los matrimonios sagrados de Sumer, Babilonia y Ugarit. Las relaciones entre Israel y Dios se representaban bajo la comparación de una unión conyugal (Os. 2, 14-16; Jer. 2, 2). El matrimonio sagrado ante los profetas podría ser interpretado como un símbolo de la Alianza.

El sacerdocio

No existía sacerdocio en época de los patriarcas. Antes del gobierno de David el sacerdote era el guardián del santuario, e intérprete de los oráculos, el encargado de enseñar y de bendecir al pueblo, el que hacía los sacrificios. Pronunciaba las maldiciones en las ceremonias del culto. El sacerdocio era hereditario, antes del establecimiento de la realeza como el de Elí. Se admitía que los sacerdotes descendían de Leví, y de Aarón.

Con David, el rey estuvo a la cabeza de los sacerdotes. Se conocen los nombres de dos sacerdotes eminentes de esos años, Abiathar y Sadoq. Este último debía ser un sacerdote cananeo de Jerusalén. En época real, los sacerdotes eran funcionarios. El rey los nombraba, y los deponía a su gusto (1 Re. 2, 27 y 35) e intervenía en la administración sacerdotal (2 Re. 12, 5 ss.; 16, 10 ss.). Había un jefe de los sacerdotes en Jerusalén (1 Re. 4, 2; 2 Re. 11, 9 s.) llamado después sumo sacerdote.

El templo contaba con otros servidores, como músicos y cantores (Sal. 68), y los profetas culturales, que eran también consejeros de los reyes. Los profetas los atacaban frecuentemente por profetizar lo que los monarcas querían oír (Mr. 3, 5 y 11; Jer. 6, 13 s.; 14, 13; 26, 16; 250 y 28). El Deuteronomio (18, 10 s.) prohibía todas las prácticas mágicas y las adivinaciones. También se dieron prácticas de necromancia (1 Sam. 28).

La idea israelita de la realeza

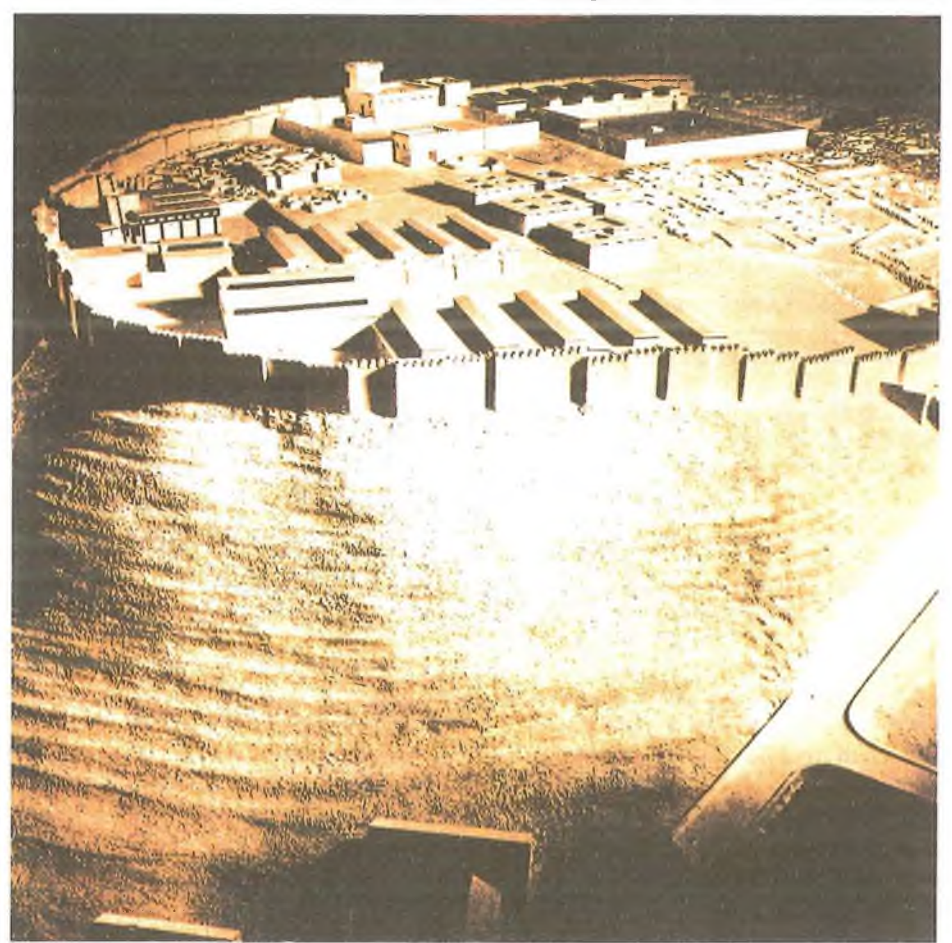
La monarquía fue una institución extranjera, pues Dios era el rey de Israel. El soberano era entronizado, ungido con aceite, por el sacerdote, como ungió Samuel a Saúl. La unción, posiblemente, es de origen cananeo. Las insignias reales eran la diadema, y los brazaletes (2 Sam. 1, 10), término este último de interpretación dudosa, que podía significar también las tablas de la Ley, pero se desconoce la ceremonia. Era el hijo de Dios y se sentaba a su lado. Ejercía su poder en su nombre. Dios le había elegido y le enseñaba. Era su representante, y su servidor. Tenía el cuidado del templo y del culto. La filiación divina y el dominio universal fueron ideas generalizadas sobre la realeza en el Oriente. Es también sacerdote según el orden de Melquisedec (Sal. 110). La perpetuidad de la dinastía depende de la observancia de la Alianza (Sal. 132). Muchos aspectos de la monarquía israelita están tomados de las del Oriente. Un elemento típicamente hebreo es la idea de Alianza. Esta ideología dio lugar a la espera de un rey ideal, llamado Mesías. Los profetas anteriores al destierro ya tenían ciertas ideas mesiánicas, pero nunca se lee en el Antiguo Testamento la palabra Mesías, que aparece con la apocalíptica.

La muerte

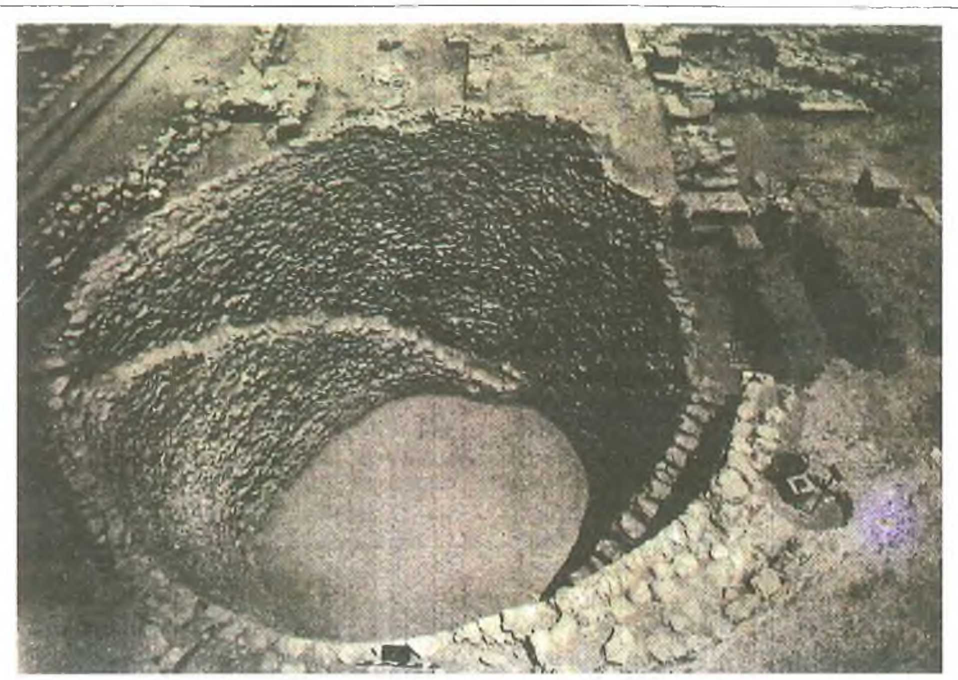
El hombre es por su naturaleza mortal (Sal. 39, 5-7). El mayor bien para un israelita es una larga vida, premio al cumplimiento de los mandamientos (Ex. 20, 12). El cadáver era considerado impuro (Núm. 19, 11 ss.) El Antiguo Testamento describe bien el duelo. Rompieron los israelitas los vestidos (Gn. 37, 34). Se vestían de duelo (2 Sam. 3, 31; 21, 10). Se colocaban tierra o ceniza sobre la cabeza (Sm. 4, 12). Se tiraban al suelo (Is. 3, 26, 47, 1) y golpeaban el pecho (Is. 32,

12; Jer., 31, 19). Al igual que los restantes pueblos del Oriente, se celebraban lamentaciones fúnebres. No se detectan en la Biblia huellas claras de un culto a los muertos. Era muy importante tener una buena sepultura.

No están claras las ideas sobre la supervivencia de los muertos. Algunas expresiones, como «se acostó con sus padres», parece indicar que los espíritus de una familia tenían una vida comunitaria. El seol era el lugar donde iban a parar los muertos. Estaba situado en las profundidades de la tierra. Es un lugar oscuro y de destrucción. No se podía volver de él (Job. 7, 9). Se olvidaba uno de todo (Job. 24, 20). Estaba apartado de la comunión con Dios (Sal. 88, 11-13). JHWH no gobernaba en el seol. Isaías (14, 9-11) ha descrito el seol con motivo de la llegada del rey de Babilonia: «El seol, allá abajo, se estremeció por ti, saliéndote al encuentro; por ti despierta a las sombras, a todos los jerifaltes de la tierra, hace levantarse de sus tronos a los reyes de todas las naciones. Todos ellos responden y te dicen: También tú te has vuelto débil como nosotros y a nosotros eres semejante. Ha sido precipitada al seol tu arrogancia al son de tus cítaras.



Maqueta de la ciudad de Megiddo como se supone de época de Salomón
(Según Herzog-Gichon)



Silo para almacenar grano de Megiddo

Tienes bajo ti una cama de gusanos, tus mantas son gusaneras».

La doctrina de la resurrección fue en Israel muy reciente. Aparece por vez primera claramente en el Libro de Daniel.

En un pasaje de Isaías (26, 19-20), fechado después del destierro, se habla de la resurrección en relación con el rocío: «Revivirán tus muertos, mis cadáveres resurgirán, despertarán y exultarán los moradores del polvo, porque rocío de luces es tu rocío y la tierra parirá las sombras». Este pasaje prueba, según algunos sabios, que la creencia israelita en la resurrección se basa en ideas cananeas, ya que el rocío, dispensador de la vida, se repite en textos de Ugarit.

Los grandes profetas escritores. La crítica social

Los grandes profetas, a partir del siglo VIII, se presentan como los defensores del yahvismo puro. El yahvismo en su versión oficial y nacionalista está representado por los profetas cultuales y los profetas de corte. Los primeros ejercían su oficio junto a los sacerdotes en los santuarios. Los segundos en los santuarios reales y eran consejeros de los reyes. Junto a estos profetas trabajan los grandes profetas, divididos en mayores (Isaías, Jeremías y Ezequiel) y menores, que son 12 (Oseas, Joel, Amós, Abdías, Jonás, Miqueas, etc). La forma del oráculo profético es la amenaza, la promesa, la invectiva, etc. Los informes son visiones, acciones proféticas, etc. También se sirven de la disputa forense, de documentos, de sentencias o de canciones. Atacan los profetas escritores el sincretismo religioso y la «cananización» de la religión de Israel. Incluso algunos son de origen cananeo. Se ha discutido mucho las relaciones entre los profetas estáticos y los profetas literarios. La primera etapa de la profecía fue acompañada de milagros (1 Re. 13, 4-6, 20 ss.; 2 Re. 4, 33) y de acciones simbólicas (1 Re. 11, 29; 22, 11). Los primeros vivían

bajo la obediencia de un jefe. Jeremías y Ezequiel estaban solos, Isaías (8, 16-18), por el contrario, tenía discípulos, al igual que Elías y Eliseo en el siglo IX. Algunos profetas estuvieron relacionados con el sacerdocio. Así, Ezequiel era sacerdote, Jeremías de familia sacerdotal, Isaías se relacionó con el templo. Estaba casado con una profetisa.

Los libros proféticos no son la obra de los profetas. Algunos pasajes son posteriores, o la obra entera fue redactada por los seguidores, o comentada.

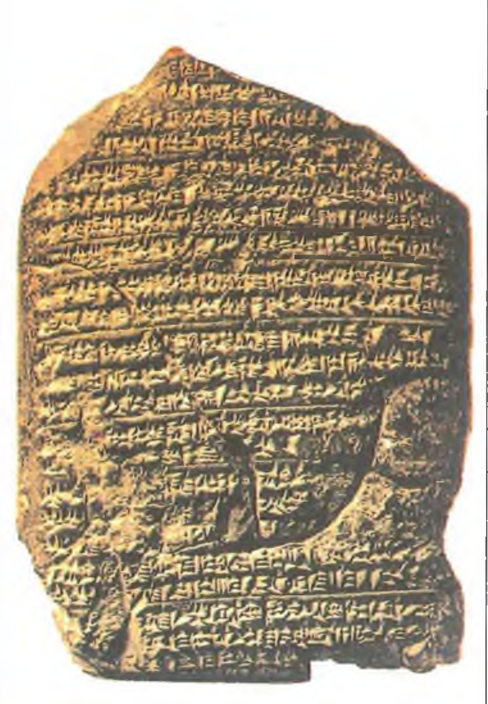
Todos los profetas literarios, tienen conciencia de su vocación, como Amós (7, 1), Isaías (6, 8) y Jeremías (1, 7). Ezequiel tiene una visión (1-3). El profeta anuncia la palabra de Dios, y tiene autoridad divina. Sienten la necesidad de predicar (Jer. 20, 9-14). Reciben la palabra por experiencias auditivas y visuales, como Amós y Zacarias. Se discute si la inspiración profética es un éxtasis. Las fórmulas proféticas dependen de la poesía cultual y del estilo litúrgico. La base de su predicación es que Israel es el pueblo de JHWH; pero, salvo a Jeremías, en los profetas anteriores del destierro, la idea de Alianza está descartada. Son mensajeros del juicio de Dios. Ejecutan actos simbólicos, como ir descalzo (Is. 20, 2 ss.) o llevan un yugo para invitar a someterse a los babilonios (Jer. 27), que utilizaban para obtener el éxtasis, la música, la danza, y movimientos violentos (1 Sam. 10, 5) y laceraciones (1 Re. 18, 28). Los profetas literarios, anteriores al destierro, anuncian la palabra de Dios, pero no son adivinos.

Elías, que vivió en tiempos del rey Acab (869-850), es el primer gran profeta, que luchó contra el culto de Baal (1 Re. 18). El profeta escritor es Amós, contemporáneo de Jeroboam (786-746). Ataca la injusticia social y los cultos paganos; arremete contra el lujo escandaloso de los ricos, que explotan a los pobres (3, 12 y 15; 6, 4-6); contra la venalidad de los jueces, y las injusticias en los negocios (2, 6 s.; 5, 7, 10 y 12). Pone en boca de JHWH: «Yo aborrezco, desprecio vuestras fiestas, y no resisto el olor de vuestras asambleas. Pues ni me ofrecéis holocaustos, en vuestras oblaciones no me complazco, y la ofrenda pacífica de vuestros novillos cebados no miraré. Aparta de mí el estrépito de tus cantares, y no oiga yo la música de tus liras. Mas discurra, como el agua, el derecho, y la justicia como arroyo perenne.» Amós y los restantes profetas no condenaron el culto, sino el culto sin justicia. Censura Amós a algunos santuarios: «Bethel, Guilgal y Beer-Sheba». JHWH es para Amós el dios universal, que dirige la Historia (9-7). Los ataques de Amós pertenecen a cuatro puntos: injusticia en los tribunales; opresión de los sencillos; profanación del nombre divino por la prostitución, y el santuario con borracheras. Basta recordar unos cuantos textos: «Sé bien vuestros muchos crímenes e innumerables pecados: estrujáis al inocente, aceptáis sobornos, atropelláis a los pobres en el tribunal» (12-14). Denuncia a los comerciantes: «Escuchad esto, los que pisoteáis a los pobres y arruináis a los indigentes, pensando. ¿Cuándo pasará la luna nueva para vender el trigo, y el sábado para ofrecer grano y vender incluso el salvado del trigo? Escogéis la medida. Aumentáis el precio y usáis balanza con trampa, compráis por dinero al desvalido y al pobre por un par de sandalias. Jura el Señor por la gloria de Jacob no olvidar jamás lo que han hecho». Precisamente el Deuteronomio (25-13-15) había terminantemente prohibido las trampas en los pesos, que debían ser muy frecuentes, pues los Proverbios (11, 1; 16, 11; 20, 10, 23) insisten en este punto. A los ricos los describe en los siguientes términos: «Se acuestan en lechos de marfil, arrellanados en divanes. Comen carneros del rebaño y terneras del establo. Vociferan al son del arpa.

Inventan como David, toda clase de canto. Beben vino en copas. Se ungen con perfumes exquisitos y no se duelen del desastre de José».

La denuncia social contra la explotación y opresión trata en Amós los siguientes puntos: Impuestos y prendas (2, 8; 5, 11); esclavitud por deudas (2, 6b), codicia y trampas en el comercio (8, 5-6), corrupción familiar (2, 7b) y corrupción de la justicia. Toda esta crítica social indica que existían grandes diferencias económicas y sociales y que la explotación por parte de los ricos de los estratos inferiores de la población estaba generalizada. Oseas es algo más joven que Amós y predicó también en Israel. Ataca la infidelidad del pueblo, que tributa culto a Baal, y a los cultos sincretísticos (4, 12-18).

Isaías podía ser un profeta cultual, que visitaba al rey y a los funcionarios reales. Hacia el año 746 o 740 tuvo una visión en el templo durante la ceremonia de Año Nuevo (61). Ejerció la profecía hasta el año 701. Combate la hipocresía (1, 11-18). Profetizó el juicio de Dios sobre el pueblo. Como Amós, predica también la justicia (1, 16-21), Isaías igualmente hace crítica social: «El Señor viene a entablar un pleito con los ancianos y jefes de su pueblo. Vosotros devastasteis la viña, tenéis en casa lo robado al pobre, ¿qué es eso? ¿Pisoteáis a mi pueblo? ¿Moléis el rostro de los desvalidos?» (3, 14-16). Se dirige en este texto el profeta a las autoridades religiosas y políticas. En otros textos censura a los acaparadores de casas y campos (5, 8-10), a los juerguistas (5, 11-13), a los jueces (5, 22-23), y la perversión del derecho (9, 7-10, 19). Isaías espera la salvación, a pesar de que Senaquerib ha invadido Judá (14, 29-30). Contemporáneo de Isaías, y oriundo de Judá, es Miqueas, que condena a los ricos, que explotan a los pobres (2, 1 s. y 9), a los falsos profetas y sacerdotes (3, 5 y 11), y a los cultos micretísticos (5, 10-15). Miqueas (2, 1-5) ataca el latifundio: «Ay de los que planean maldades e iniquidades en sus camas. Al amanecer las ejecutan, porque pueden hacerlo. Codician campos y los roban, casas y las ocupan. Oprimen al varón con su familia, al hombre y a su brevedad. Por eso, así dice el Señor: Mirad, yo planeo una desgracia contra su gente...» Miqueas no carece de esperanza mesiánica (5, 1-5). Jeremías recibió la llamada de su vocación el año 627. Ataca el culto de los Baales y al rey Joaquín, que derramaba la sangre inocente, que ejercía la opresión y la violencia, y a la seguridad, que inspiraba el templo, por lo que fue arrestado. Fustiga a los falsos profetas. Jeremías se ha hecho famoso por sus confesiones. Su mensaje es de esperanza, al referirse a una Nueva Alianza. Ezequiel recibió la llamada profética en 593. Se interesa sobre todo en los errores litúrgicos, y por la política internacional en una serie de oráculos, contra Tiro, y Egipto, etc. En un texto (18, 5, 9) describe bien cómo era el israelita que agradaba a JHWH: «El hombre que es justo, que observa el derecho y la justicia, que no come en los montes, y no levanta sus ojos a los ídolos de la casa de Israel, que no llega a la mujer en regla; que no explota a nadie, devuelve la prenda empeñada, no roba, da su pan al hambriento, y viste al desnudo; que no presta con usura, ni acumula intereses; que aparta la mano de la iniquidad, y juzga imparcialmente los delitos...» En la religión israelita la justicia social está ordenada por Dios. En este aspecto se diferencia la religión hebrea de la de los restantes pueblos de Oriente. El segundo Isaías, autor de los capítulos 40 a 55, ejerció su ministerio al final del destierro de Babilonia. Insiste en que JHWH es el creador y señor de todo; es un monoteísta convencido (44, 6; 45, 18-22). En los cantos del siervo sufriente (Is. 42, 1-4; 49, 1-6; 50, 4-9; 52, 13-53) la iglesia cristiana ha visto al Mesías; pero más probable es que se refiera a Israel.



Tablilla cuneiforme, con referencia a la toma de Jerusalén
(Siglo VI a.C.)

Entre los profetas literarios, posteriores al destierro, es Malaquías, en la primera mitad del siglo V, el que denuncia más claramente la opresión económica (3, 5): «Os llamaré a juicio, seré testigo exacto contra hechiceros, adúlteros y perjuros, contra los que defraudan al obrero su jornal. Oprimen a las viudas, y huérfanos y atropellan al emigrante.» El problema de la defraudación del salario no había sido tratado por los restantes profetas literarios, pero sí alude a él el Levítico (19, 13). El Antiguo Testamento valoró muy positivamente el trabajo humano; baste recordar un texto del Eclesiástico (38, 32).

La religión judía después del destierro

Después de la cautividad se reconstruyó el templo, pero no el culto anterior, de la Confederación de las doce tribus, sin la monarquía. Se necesitó un punto, alrededor del cual girase toda la comunidad, y se encontró en la Ley, lo que ya tenía precedentes en la reforma de Josías. El templo era ahora el lugar donde se celebraban los sacrificios prescritos por la Ley. Se codificó la Ley, o Tora. Se concedió la misma autoridad, según se indicó, a la crónica deuteronómica, que a los libros proféticos. La canonización estuvo terminada hacia el 200. Los otros libros tardaron mucho en ser aceptados como canónicos. En el año 100 a.C., en el sínodo de Jamnia, se discutía aún sobre la inspiración divina del Eclesiastés, fechado en la segunda mitad del siglo III, del Cantar de los Cantares, de los siglos V-IV y de Ester. Cobran importancia los escribas como doctores de la Ley, cuyo retrato traza el Eclesiástico (39, 1-11). Junto a la Ley escrita se valora la Ley oral, llamada Mishna. La exégesis de las escuelas tiene casi tanta autoridad como la Tora. A partir de ahora, la sabiduría, que antes era idéntica al temor de Dios, y que se manifestaba en la justicia, se asimila a la Ley, que es una realidad absoluta y eterna. Por ella se obtiene la vida. Era un don de Dios a Israel. Después del destierro se acentuaron las características de Israel, como lo indican las medidas tomadas por Nehemías, y por Esdras; y los libros de Ester, Judit, de fecha muy discutida, y los Jubileos (siglo II a.C.). Junto a esta tendencia nacionalista hubo otra universalista, expresada en los libros de Jonás, siglo IV, de Rut, del s. IV, en el segundo y tercer Isaías y en el profeta Zacarías, de finales del siglo IV.

La idea de Dios

Después del destierro se observa cierta evolución en la idea de Dios entre los judíos. Se insiste sobre su unicidad, como en los libros apócrifos y, pseudoepígrafos y en el Libro segun-

do de los Macabeos. Los epítetos, que se dan a Dios, se refieren al carácter sublime y trascendente. Se evita el nombre de JHWH y se le llama Kyrios, Señor. Se personifica la sabiduría en el Libro de los Proverbios, datado a finales del siglo IV, que representa la sabiduría divina, y la enseñanza. Es una cualidad divina, principio cósmico y una revelación. Es creada antes de que el cosmos lo fuera y ha participado en su creación.

La idea anterior al destierro de la corte celestial de Dios lleva al desarrollo de la angelología. Los ángeles son creados, el primer día de la creación, santos e inmortales, sirven a Dios, protegen a los hombres, llevan las plegarias humanas al trono de Dios, e interceden por ellos. Los pueblos tienen sus ángeles particulares.

Los ángeles se diferencian en clases. La primera está formada por arcángeles, que son 4 o 7: Gabriel, Miguel, Rafael y Uriel. Los apócrifos desarrollaron mucho la angelología originaria de Irán, probablemente.

Antes del destierro estaba generalizada la creencia de que tanto el mal como el bien procedían de Dios. Después de la cautividad, se buscó el origen del mal fuera de Dios. El enemigo de Dios era Satán, nombrado sólo tres veces en el Antiguo Testamento. No era en origen un ser malo, pues estaba al servicio de JHWH. En la literatura apócrifa y pseudoepígrafa principalmente se le pinta como el autor del mal. Recibe varios nombres: Mastema, Belial, y diablo en griego. Junto con los ángeles, que pecaron forma el reino del mal. Su finalidad es perder a los hombres. Es el causante de la muerte. Gobierna este mundo y es el príncipe de la injusticia. Mediante Satán, el judaísmo, que no enseñó un dualismo, explica la introducción del mal en el Mundo. Dios creó a los ángeles buenos, pero muchos pecaron (Gn. 6, 1 ss.), con las hijas de los hombres. Según el apócrifo Vida de Adán y Eva (siglo 1 d.C.) el pecado consistió en que no quisieron adorar a Adán, como a imagen de



Mosaico de la sinagoga de Beth-Shean

Dios. Esta explicación está próxima al mito de la caída de la estrella de la mañana, Lucifer, nombre que también se da a Satán. Según los textos esenios de Qumrán, localidad cercana al Mar Muerto, Dios ha creado un espíritu bueno y uno malo, y sometido a los hombres a su dominio. El dualismo de Qumrán, que se manifiesta en otros muchos aspectos, puede proceder de Irán.

La creación

Varias concepciones sobre la creación se generalizan después del destierro. Según los Macabeos (7, 28) Dios ha creado el mundo a partir del no ser, lo que implica una creación de la nada. Se alude también en este libro a la palabra creadora de Dios. En el libro de la Sabiduría, compuesto entre los años 100 y 40 a.C. (11, 17), se afirma que Dios ha formado el mundo a partir de la materia informe, lo que puede ser influjo de ideas helenísticas, principalmente platónicas, que no se contraponen a la idea del Génesis de que el mundo ha salido del caos.

El culto. Sacerdocio

Hecateo de Abdera, hacia el 300, ha descrito el templo de Jerusalén, como un amplio edificio, con un altar delante, con un segundo altar en el interior y un candelabro de oro, siempre encendido. La Carta de Aristeas (siglos III-I a.C.), da una descripción fantástica del Templo. Junto al templo funcionaban las sinagogas, cuyo origen y fecha son inciertos. Se ha pensado que daten del período del destierro, cuando los exilados se reunían para leer la Biblia. En Egipto están atestiguadas desde mediados del siglo III, como casa de oración.

Los sacrificios seguían siendo la parte principal del culto. Hubo en época helenística una tendencia a espiritualizar el sacrificio, a ofrecerlo con corazón puro. Se mantenían las grandes fiestas del período anterior al destierro, a las que se añadieron otras varias. El libro segundo de los Macabeos (10, 6 ss.) habla de una nueva consagración del Templo. La Mishna alude a las palmas y ramos de sauce utilizados en la fiesta de los Tabernáculos. Se hacían libaciones de agua de la fuente de Siloé. Otras fiestas de nueva creación fueron la de Purim, de la que habla el libro de Ester, que conmemoraba el día en el que los judíos se salvaron de una persecución en Susa; contenía muchos elementos de la fiesta persa del Año Nuevo, con banquetes, regalos y procesiones y la fiesta de la consagración del templo en 165. Se agitaban en esta última palmas y se encendían lámparas (2 Mac. 10, 6-8). Podría estar esta fiesta influenciada por las ceremonias helenísticas del solsticio de invierno.

En la sinagoga el culto consistía en la lectura del Antiguo Testamento y en oraciones.

Del destierro volvieron sacerdotes sadoquistas y con Esdras otros descendientes de Ithamar, y de Abiathar; ambos grupos se creían descendientes de Aarón.

El sacerdocio estaba bien jerarquizado con el Sumo Sacerdote a la cabeza, que tomó muchas funciones del rey. Los vestidos sacerdotales tenían un simbolismo cósmico, propio de una vestidura real. También el Sumo Sacerdote recibió la unción, que remontaba al ceremonial real. El Eclesiástico (50, 1-21) describe al Sumo Sacerdote Simeón II (218-192) como tipo del sacerdote ideal.

La apocalíptica

Los escritos apocalípticos se datan entre los años 200 a.C. al 200 d.C. Debieron ser un centenar, pero de algunos sólo se conoce el título. Es una literatura de revelación sobre Dios, los ángeles, los demonios, y sobre su acción. Son obras anónimas puestas en

boca de personajes famosos (Noé, Henoc, etc.). Utilizan el lenguaje simbólico y narraciones en forma simbólicas crípticas. Su doctrina versa sobre la resurrección, la proximidad del eón, y la crisis, que se avecina. Se espera el fin de este mundo, que será una catástrofe cósmica. Todo está ya previsto en el plan divino. Los ángeles buenos y malos dominan el acontecer histórico. Después vendrá la salvación de un nuevo paraíso. Dios destruirá los reinos de este mundo. Un intermediario, que puede ser un hombre, o sea el Mesías, o un ángel, traerá la salvación final. Estos temas son los típicos de la literatura apocalíptica. Elementos fundamentales de esta literatura son la creencia de la vida después de la muerte, bien por resurrección, o por inmortalidad del alma y el convencimiento de que el mal se origina en una esfera superior al hombre. Del libro de Daniel, terminado de escribir hacia el 164, a.C., que es el arranque de muchos apocalípticos, como 2 Baruc, 1 Henoc, 4 Esdras, Apocalipsis de Abraham y Apocalipsis de Juan, se deducen los siguientes puntos fundamentales de la Apocalíptica: la espera del fin del mundo, que será una catástrofe cósmica, y la división del tiempo en períodos, predeterminados durante la creación. Todo está escrito en las tablas celestes. El apocalíptico intenta leerlas e interpretarlas. Finalmente, la existencia de los ángeles buenos y malos. Las creencias apocalípticas influyeron mucho en el cristianismo primitivo, al que pasaron muchas de ellas, así como en la religión musulmana, y en el judaísmo posterior a la destrucción de Jerusalén en el año 70.

El cuadro político, social y religioso, en que nace la apocalíptica, es la grave crisis provocada por la política de helenización seguida por Antíoco IV, por la lucha contra los seléucidas y por la profunda crisis económica, social y religiosa de estos años. En el siglo II estalló una fuerte escisión entre los judíos helenizados, y los «piadosos», fieles a la Ley. Los sumos sacerdotes, como Jasón y Menelao, en el segundo cuarto del siglo II a.C., simpatizan con la cultura griega. Estas dos tendencias dentro del judaísmo estallaron en el 167, originando la guerra de los Macabeos. Gran parte de la literatura apócrifa y apocalíptica nacieron en estos círculos de piadosos.

Los saduceos, fariseos y esenios

Con esta época, según el historiador judío, del siglo I d.C., Flavio Josefo (Ant. Iud. 13, 10, 5-7), aparecieron los tres partidos de los fariseos, los esenios y los saduceos. Estos últimos eran la nobleza sacerdotal y laica. Estaban muy helenizados y negaban la resurrección. Los fariseos tenían a los piadosos como su antepasado espiritual. Después de la destrucción del templo fueron los únicos representantes del judaísmo liberal. Creían, como los «piadosos» en la resurrección y en los ángeles. Se oponían a las especulaciones escatológicas de los apocalípticos y a los cálculos del final de los tiempos. Eran observantes de la ley escrita y oral, al revés de los saduceos, que sólo obedecieron a la primera. Eran flexibles en la interpretación de la Ley. Eran laicos y solían estar presididos por los escribas, laicos cultos. Gozaron de gran ascendencia entre el pueblo. Fariseos cultos redactaron Los Salmos de Salomón, del siglo I a.C., y a Esdras, dotado a finales del siglo I a.C. y 2 Baruc, de comienzos del siglo II a.C. Estos dos últimos son libros apocalípticos.

De los esenios hablan Filón, Plinio y Josefo. La comunidad de Qumrán eran esenios probablemente, que también vivían en las ciudades. Un grupo de piadosos o haridim, se retiraron al desierto guiados por el Maestro de Justicia no antes del 128. La comunidad aumentó con la llegada de nume-



Restos de la sinagoga de Cafarnaúm

rosos fariseos perseguidos por Juan Hircano (134-104).

Se consideraban el auténtico Israel y santos. Eran pacíficos, pero estaban preparados para la guerra escatológica contra los hijos de las tinieblas. Practicaban el celibato, y la comunidad de bienes. Se formaron comunidades menores, como en Damasco. En Egipto se llamaban terapeutas. Vivían en cenobios vecinos de hombres y de mujeres, y practicaban el celibato. Estaban gobernados por un epískopos, obispo, con los que se relacionaron los obispos de la iglesia primitiva. Las ideas esenias de comunidad santa y eterna después pasaron también al cristianismo primitivo.

La comunidad de Qumrán era cismática, al estar separada del sacerdocio oficial y de los dirigentes del pueblo. La integraban en gran parte los sacerdotes, que no aceptaron la sustitución del legítimo sacerdocio sadoquita de Onias III. Se consideraban el resto de Israel. Creían que, además de la revelación a Moisés, a los profetas y a los patriarcas, existía una revelación de los misterios y secretos comunicados a ellos. Tenían revelaciones, y el don de interpretarlas. Creían en la libertad y en la predestinación para el bien y el mal. Al igual que los apocalípticos, defendían que Dios ha escrito la Historia del Mundo y de los hombres. La salvación era obra de la gracia, no de las obras, pero era necesario cumplir los mandamientos. El consejo de la comunidad está formado por seis laicos y 4 sacerdotes o levitas. En la guerra escatológica los sacerdotes arengarían a las tropas y en el banquete escatológico se sentarían ante el Mesías. Los laicos participaban en ciertas funciones de los sacerdotes. En Qumrán la comunidad era un nuevo templo espiritual, que no necesitaba de sacrificios cruentos, sino de los espirituales. La secta tenía una función expiatoria para purificar las personas y la de aniquilar a los impuros de Israel y de las naciones. Era fundamental el amor entre los miembros de la comunidad.

Las comidas eran sagradas, pero no sacrificiales. Los terapeutas no comían carne, ni bebían vino. Se comía después del baño en silencio y vestidos con trajes sagrados.

La liturgia celeste de los ángeles se correspondía a la de la secta, gracias al calendario solar. Se consideraban una nueva Alianza. Creían que vivían en los últimos tiempos, que ya se había realizado la escatología en la comunidad, la resurrección, la renovación de la creación y del hombre, la

salvación del seol, y el Espíritu. Los esenios hicieron un gran uso de los libros apócrifos.

Teología de los apocalípticos

Los autores apocalípticos insistieron en la trascendencia de Dios, que todo lo ve, todo lo vigila y todo lo crea. Dios comunica en sueños y visiones, al no haber ya profecía, y en el curso de la Historia. Está comprometido en la marcha de la Historia. Después del destierro, prevaleció la idea exclusivista de la salvación sólo para Israel sobre la corriente universalista de la salvación a todas las naciones. Algunos apócrifos parecen seguir la tendencia universalista; otros son muy pesimistas, incluso para los israelitas. Típica de los apocalípticos fue la creencia de que la salvación es para el individuo, no sólo para Israel, como pueblo. La actuación de Dios, según los apócrifos, es antropocéntrica, no cosmocéntrica.

El Dios de los apócrifos es clemente, y sentido como padre protector de todos. La justicia en el hombre consiste en cumplir la Ley, para con Dios y para con los hombres. La justicia de Dios, en los apócrifos palestinenses es justicia salvífica, y en los helenísticos, distributiva.

La literatura apócrifa y apocalíptica se caracteriza por un dualismo: Dios y Beliar, ángeles buenos y malos, hombres buenos y malos, los que se salvan y los que se condenan, luz y tinieblas, cuerpo y alma, etc. Este dualismo se ha creído que es de origen persa; pero el dualismo cósmico persa, que divide el cosmos en dos fuerzas, un dios bueno y otro malo, nunca se documenta en el Antiguo Testamento. La destrucción entre los dos eones el del pecado, que abarca la Historia del mundo, y el eón de Dios, que es el reino de Dios, el dualismo entre ángeles y demonios, las ideas de la resurrección de los muertos, el juicio final por el fuego, la predeterminación del devenir de la historia y el infierno, son de origen persa, según varios autores. Los poderes adversos a Dios están subordinados a él en el judaísmo. Los apócrifos son profundamente pesimistas en la contemplación del mundo. El dualismo persa pudo influir en los apócrifos en superar la concepción de los profetas de un futuro intramundano. El libro apócrifo más pesimista es el 4 Esdras (8, 35), donde se leen frases como «no hay ninguno entre los nacidos que no haya obrado el mal».



Moneda judía
(Siglo IV a.C.)

La idea del juicio y de los premios y castigo están presentes en la apocalíptica. Algunos colocan la retribución al final de los tiempos. Los profetas y algunos libros sapienciales, por el contrario, en los tiempos sucesivos, pero en un futuro intramundano. Los apócrifos, al igual que los profetas tenían una actitud ambigua y contradictoria entre la salvación o condenación de los no israelitas. Unos, como el déutero Isaías esperaban su conversión y salvación. El primer Isaías, Jeremías, Zacarías y Ezequiel, su aniquilamiento.

El reino de Dios

El Antiguo Testamento carece de una concepción uniforme sobre el reino de Dios. Se da en el pasado, en el presente o en el futuro. Según los apocalípticos sería futuro e instantáneo. Los profetas sólo conocían un reino de Dios en este mundo, realizado por la intervención exclusiva de Dios o del Mesías. Para los apocalípticos el reino de Dios era ultramundano. Algunos apócrifos admitían dos reinos de Dios: uno temporal, en este mundo y otro trascendente, en el otro. Los rabinos y los cristianos aceptaron después esta última concepción. Los libros de Daniel, un apocalíptico que ha pasado a las Sagradas Escrituras, el Libro de los Jubileos, el Henoc etiópico, etc., creen en un reino de Dios realizado en este mundo. Según el Henoc etiópico, en el reino de Dios toda la tierra estará limpia de pecado y de injusticia, todos los hombres serán justos, incluso los paganos darán culto a Dios. No habrá castigo o tormento en la tierra. Habrá paz y prosperidad. El libro describe los premios y castigos de los piadosos, de los pecadores, y de los ángeles malos. Los justos engendrarán miles de hijos, y pasarán la juventud y vejez en paz. La tierra estará poblada de árboles, que darán copiosos frutos. Admite este libro la resurrección de los justos y de los malvados; unos van al reino terrenal de Dios y otros al infierno. La idea de un infierno con fuego es típica de los apocalípticos.

El judaísmo popular creyó en un reino terreno libre de la explotación, y de la miseria de este mundo, en el que el Mesías desempeñaba un papel importante, un Mesías terrenal, que libraría a los justos de la explotación e inauguraría un segundo paraíso en la tierra. Ideas que hicieron furor en la población de Palestina aplastada de contribuciones, arruinada y mísera por la guerra y por los gobernadores rapaces. Por todo, los apocalípticos se vieron obligados a admitir un reino terreno del Mesías. Algunos apocalípticos aceptaron la siguiente sucesión de los acontecimientos: mundo presente —reino temporal del Mesías—, resurrección de los muertos y juicio, reino celeste de Dios sobre los ángeles, los hombres y el cosmos, ideas todas, las creencias en la resurrección, en el jucio y en la retribución, que son típicamente apocalípticas. El Testamento o Asunción de Moisés pone el único reino de Dios en el mando futuro.

El Mesías

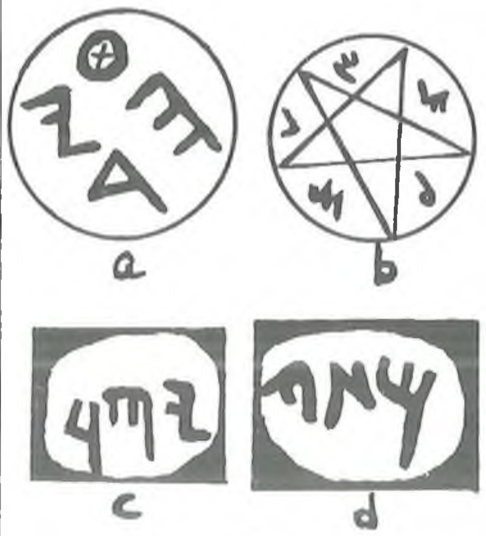
Una idea capital de la apocalíptica fue la del Mesías. Isaías (9, 1 ss.; 11, 1 ss.) y Miqueas (5, 1 ss.) se refieren a un rey ideal, de la estirpe de David. Ezequiel (40-48) describe un príncipe, que restaurará el culto y la vida civil. Para los profetas Ageo (2, 20 ss.) y Zacarías (4, 6; 6, 9 ss.), Zorobabel es el Mesías.

En la literatura apocalíptica, y rabínica, el Mesías tiene sentido escatológico. Siempre es un hombre todopoderoso, justo y sabio. La mejor descripción apocalíptica del Mesías se conserva en el capítulo 17 de los Salmos de Salomón, redactados poco después del 63 a.C. Se aplica en este texto al Mesías el ideal del rey tradicional, juez, y sabio, elegido por Dios y confiado en él, sin pecado. 4 Esdras (7, 29 s.) alude a su muerte. El testamento de los 12 patriarcas y los textos de Qumrán conocen dos Mesías, uno de Aarón y otro de Israel, uno sacerdotal y otro de estirpe real. El Henoc etiópico y 4 Esdras se refieren al Hijo del Hombre. Según el primer autor fue elegido y oculto en Dios antes de la creación del mundo, para salvar a los justos. Será la luz de los pueblos. Los reyes le reconocerán. El Hijo del Hombre es un ser casi divino. En la noción del Hijo del Hombre se infiltraron, posiblemente, ideas iranias sobre el hombre original.

Los cristianos aplicaron a Jesús la concepción apocalíptica del Mesías, rey e Hijo del Hombre. La idea del Mesías sufriente, que se ha querido descubrir en el Henoc etiópico, procede de la antigua ideología real, a través del Siervo Sufriente de Isaías.

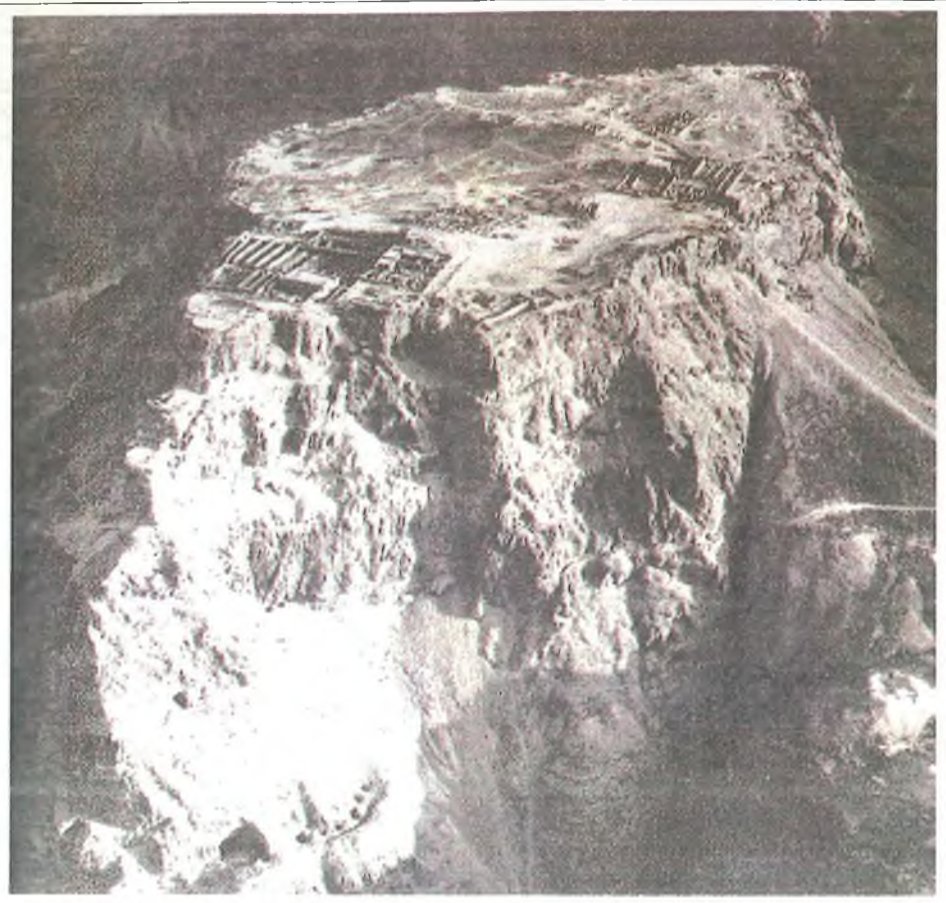
La resurrección de los muertos

El Eclesiastés (3-19 s.), en el siglo IV, afirma «la suerte de los Hijos del Hombre y la suerte de las bestias es una misma para ambos. Cual la muerte del uno, así es la muerte del otro; un mismo hábito tienen todos; y no existe ventaja alguna del hombre sobre la bestia». «El Eclesiástico hacia el año 190 a.C. todavía es de la opinión de que es imposible en el Hades buscar placer» (14, 19) y «del muerto, como ya no existe, desaparece la alabanza» (17, 27 s.). Algunos textos muy antiguos admiten la resurrección de los muertos, como Isaías (26, 19): «Revivirán tus muertos; sus cadáveres resurgirán, despertarán y exaltarán los moradores del polvo, porque el rocío de luces es tu rocío». No parece que este texto se refiera a una verdadera resurrección. La reanimación por el rocío es una vieja creencia cananea. El Libro de Daniel (12, 2) sostiene tajantemente la idea de la resurrección de los muertos: «Muchos de los que duermen en el polvo de la tierra, se despertarán; éstos, para la vida eterna; aquéllos, para oprobio, y para eterna ignominia». El segundo libro de los Macabeos, de finales del s. II o de poco después, es el único que recoge esta creencia repetidas veces. Sólo los justos resucitarán para la vida eterna (7, 9, 14 y 36; 12, 43-45). Los malvados son castigados, sin hablarse de una resurrección (7, 14, 31 y 365). Este último texto es importante, para demostrar que la creencia en la resurrección estaba ya no sólo extendida entre los judíos, sino admitida la costumbre de rogar por los difuntos. Dice así: «Habiendo hecho una colecta hombre por hombre, envió a Jerusalén unas 2.000 dracmas de plata, para que se presentara un sacrificio por el pecado, obrando de manera muy buena y adecuada, teniendo presente la resurrección, pues, si no hubiera esperado que los caídos resucitaran, habría sido superfluo y necio rezar por los muertos, pero fijándose en la bellísima recompensa que tendrán los que se mueren con piedad, la idea es santa y piadosa, por eso hizo el sacrificio de expiación por los



Sellos hallados en Judea

muertos; para que se les perdone el pecado». La oración y el sacrificio expiatorio por los muertos en pecado es totalmente nueva en el Antiguo Testamento. En los apocalípticos, varios libros defienden que sólo los justos resucitarán, como los Salmos de Salomón (3, 10 ss.; 14, 3, 6 y 9, 15, 10), el Henoc etiópico (22, 13; 91, 10; 92, 3) y el Testamento de los doce patriarcas (Sim. 6; Judá 25; Zab. 10). Según el Testamento de los 12 patriarcas (Zab. 10) los impíos están anonadados y según los Salmos de Salomón (14, 6) muertos para siempre. El Henoc etiópico (51, 1; 61, 5) y 4 Esdras (7, 32) sostienen, por el contrario, la resurrec-



Fortaleza de Masada y palacio de Herodes

ción general. Se ha supuesto que la doctrina de la resurrección es de origen iranio, pero también podía ser de influjo cananeo.

La diáspora hebrea

Ya en época de Acab (1 Re. 20, 34) se citan colonias judías de comerciantes. En el siglo V hubo en Elefantina una guarnición israelita. Después de la caída de Jerusalén, los israelistas se refugiaron en Egipto, donde, según se indicó, levantaron un templo a JHWH, a Haram-Bethel, Ashim-Bethel y a Anath Yadu. Celebraban el sábado y la fiesta de los ázimos. Ptolomeo I llevó 100.000 esclavos judíos de Palestina a Egipto. Hacia el 162 a.C. el Sumo Sacerdote Onias IV construyó un templo, como el de Jerusalén.

La comunidad hebrea de Alejandría, que en época helenística ya no entendía el hebreo, a mitad del siglo III, mandó hacer una traducción de los libros sagrados al griego, llamado la Versión de los LXX, porque según la leyenda la hicieron 72 traductores en 72 semanas. Es una adaptación al pensamiento griego del Antiguo Testamento. Se difumina en ella el antropomorfismo y la irracionalidad del concepto de Dios. Se racionaliza la idea de Dios. Se retoca la moral y se introduce la idea de la resurrección en textos que no la afirman en el original, todo para acercar el Antiguo Testamento a la mentalidad griega.

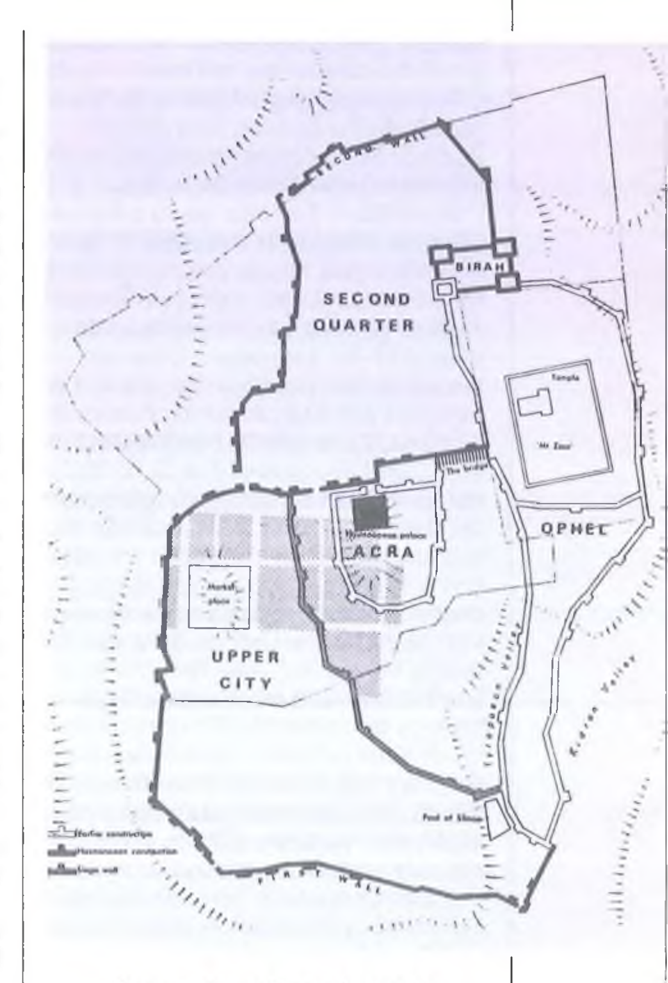
V. Israel bajo la dominación

Israel y Judá bajo el dominio de Asiria y Babilonia

El monarca asirio Tiglatpileser III se apoderó de Siria y de Palestina, conquista que coincidió con la época de los grandes profetas, que se inició a mediados del siglo VIII, que carece de paralelos en los pueblos vecinos. Dios castigaba a Israel por su infidelidad y desobediencia. Los asirios eran unos instrumentos de JHWH. Israel seguía siendo el objetivo del juicio de Dios.

Tiglatpileser III (745-727) invadió Siria y Palestina. Jerusalén fue atacada por Israel y los arameos, para expulsar de Judá la dinastía de David e instalar a un rey de Judá (Os. 5, 8-11). Acaz, nieto de Osias, que pidió auxilio a los asirios, fue salvado gracias a la intervención de los asirios, que en 733 vencieron a Israel, que quedó dividida en tres provincias, siendo deportadas las clases altas y administradas por gobernadores asirios. En el año 724 Oseas de Israel dejó de pagar tributos a Salmanasar V. En 722, gobernando ya en Asiria Sargón, cayó Samaria. El reino de Israel dejó de existir.

El reino de Judá sobrevivió como estado vasallo independiente. El rey Acaz pagó tributo a Tiglatpileser, aunque siguieron algunas revueltas antiasirias, en las que participaron



Plano de Jerusalén en época de los Macabeos
(Según Negev)

Moab, Judá y Edom, apoyados por Egipto, contra cuya ayuda hablaba el profeta Isaías en Jerusalén (Is. 20, 16). En tiempos del rey asirio Senaquerib Judá encabezó de nuevo una rebelión antiasiria, suspendiendo los pagos de tributos y proclamándose independiente. El rey de Judá, Ezequías, hizo una reforma religiosa. En Israel se propagó la religión asiria. Acaz cedió a Tiglatpileser un santuario de Jerusalén (2 Re. 16, 10, 8). En el templo de Jerusalén se celebraron los dos cultos. Senaquerib cercó Jerusalén, y sometió a Ezequías, que pagó tributo (2 Re. 18, 13-16) y le arrebató Judá, salvo Jerusalén; pero después volvió a manos de los descendientes de David. Desde el 701, durante unos 75 años, Judá dependió de los asirios. Durante el reinado de Manasés continuaron los cultos extranjeros (2 Re. 21, 1-18).

Hundido el Imperio asirio por obra de los babilonios, la situación de Judá cambió. Jonás rompió poco a poco el vasallaje con Asiria y reformó el culto público (2 Re. 23. 4-20), purificando el santuario de Jerusalén. Destruyó el santuario de Betel (2 Re. 23, 15) y recuperó una serie de territorios como Samaria. En el año 261-260 fue hallado el *Libro de la Ley* (2 Re. 22, 3, 23, 3), que parece ser un antiguo reglamento del derecho divino, al que el rey dio fuerza de ley. Este libro debe ser idéntico a la primera redacción de la ley deuteronómica, redactada en el siglo VII. Insite en la pureza del culto israelita. Se ignora qué círculos escribieron este Libro, y cómo llegó al Templo de Jerusalén. El rey inutilizó los centros cultuales de su reino para tener un lugar del culto unificado (2 Re. 23, 8), que sería Jerusalén. A los sacerdotes de estos lugares se les autorizó a ejercer en Jerusalén.

Jonás chocó con los egipcios, que apoyaban a los asirios, pero fracasó en Meguido. Jonás pereció en la batalla y le sucedió su hijo Joacaz, que fue pronto llevado a Egipto prisionero.

El reino de Judá, con el rey Joaquín, desaparecida Asiria, reconoció a Nabucodonosor, rey de Babilonia. El rey de Judá fue un tirano sanguinario (2 Re. 24, 4). El profeta Jeremías afirma que fue un déspota brutal (Jer. 22, 13-19), sólo ocupado en ampliar su palacio. Dejó de pagar tributo a Nabucodonosor, por lo que fue atacado en 602. El monarca babilonio asedió Jerusalén en 598, que fue tomada. El rey y la familia real fueron deportados a Babilonia, así como los artesanos y la aristocracia (2 Re. 24, 12-16). El tesoro del templo fue saqueado. Judá continuó como reino vasallo con Sedecías como rey. El profeta Jeremías fue partidario de someterse a Nabucodonosor, pero fue considerado traidor (Jer. 37, 11-16). Sedecías acabó rebelándose contra Nabucodonosor. En 589 el ejército neobabilonio invadió Judá. Jerusalén, cercada, terminó por caer en manos de los babilonios (2 Re. 25). Los muros fueron arrasados. Los vencedores se llevaron los tesoros del templo. Judá perdió su independencia y quedó convertida en provincia. Parte de su población fue deportada a Babilonia, y parte ejecutada. Quedaron en el país los campesinos. Al revés de la política seguida por los asirios, no fue trasladada a Judá ninguna aristocracia extranjera. Incluso el gobernador fue un judaíta de nombre Godolías. La capital se trasladó a Mispab, que fue dejada por Jerusalén poco después. Godolías fue asesinado, por los funcionarios que se refugiaron en Transjordania con los ammonitas. Los judíos del séquito de Godolías, otros varios y el profeta Jeremías huyeron a Egipto, temiendo la venganza de Nabucodonosor (Jer. 40, 7-43, 7). Las fronteras de Judá fueron las mismas que las del antiguo reino.

Los israelitas durante la cautividad de Babilonia

Con la caída de Jerusalén las terribles profecías de los siglos VIII y VII se

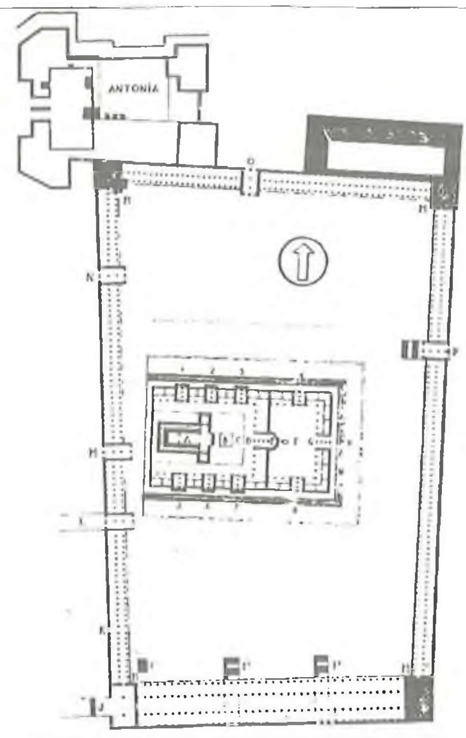
cumplieron, así como el juicio de Dios. La desaparición del reino de Judá tuvo gran importancia política. Terminó la monarquía de David. Los israelitas quedaban distribuidos en varias provincias gobernadas por funcionarios del monarca babilonio. La fe en JHWH dio cohesión a las tribus. Cobró importancia, cada vez mayor, el lugar santo de Jerusalén, aunque el Templo de Salomón se incendiara. Siguieron visitando el santuario los devotos procedentes de Samaria, Silo y Siquem, lo que indica que las ceremonias religiosas se continuaban practicando. La aristocracia y el sacerdocio estaban deportados. Las tribus israelitas se mezclaron con poblaciones forasteras, salvo las tribus del desaparecido reino de Judá. Los desterrados por los asirios en el siglo VIII desaparecieron. Los deportados por Nabucodonosor permanecieron unidos en Babilonia. Las fuentes para este período son muy escasas, ya que el Cronista nada dice de los 50 años del destierro, y no hay relatos babilonios. De la comunidad judía de Egipto nada se conoce hasta la época helenística. En Elefantina hubo una colonia militar judía, colocada allí para vigilar la frontera meridional de Egipto. Esta comunidad tuvo un templo, donde se adoraba a Jaho, en compañía de una diosa y de un dios joven, y se celebraban las fiestas israelitas. Esta tríada es de origen siriopalestino. Después del siglo V no se tienen noticias de esta colonia.

El grupo israelita de Babilonia permaneció unido. Para el Cronista la verdadera historia de Israel,' después de la caída de Babilonia, es la del destierro de Babilonia, donde se produjo una evolución de gran importancia en el futuro. Palestina, sin embargo, seguía siendo el centro de la historia de Israel.

El libro de Ezequiel redactado durante la cautividad de Babilonia recoge datos sobre la vida de los israelitas deportados. El profeta debió ser desterrado a Babilonia en 587. Los judíos eran considerados como una población trasplantada a la fuerza. Tenían sus poblados, sus casas y sus huertas. Podían reunirse, pero siempre se sintieron forasteros. No podían celebrar las fiestas religiosas, por lo que ciertas costumbres, no religiosas en origen, cogieron fuerza, como el descanso sabático, que se convirtió en un acto de la fe, que les diferenciaba de los extranjeros, que podía ser celebrado sin ceremonial religioso. Se le consideró sagrado. También la circuncisión cobró especial relevancia. No se menciona en el libro de Ezequiel. En Siria-Palestina y Egipto existía la costumbre de circuncidarse. En el destierro se tomó como un signo distintivo. Como signo de la Alianza entre Dios y los israelitas (Gn. 17, 11). La circuncisión careció de sentido cultual, no estuvo vinculada con ningún lugar de culto, pero adquirió gran importancia en Babilonia. El llamado Código Sacerdotal, del Pentateuco, relacionó el sábado con la creación del mundo, y la circuncisión es el signo de la Alianza entre Dios y Abraham. Israel supo conservar vivas sus tradiciones históricas, que contenían las indicaciones del futuro. La esperanza se mantuvo a pesar de las catástrofes.

La dominación persa

Ciro, rey de los medas y de los persas, en el año 539, atacó al rey babilonio Nabonid y poco después tomó Babilonia. Antes, 546, había vencido al rey Creso de Lidia, y conquistado grandes territorios al este de Irán. El profeta anónimo, llamado el Segundo Isaías (Is. 40-45), anunció una intervención de Dios en la historia, que Ciro era un instrumento divino y la caída de Babilonia. Sus palabras fueron bien recibidas por los desterrados. La política persa respetó las tradiciones y las características de sus súbditos. El arameo se consideró len-



Plano del Templo (según la reconstrucción de Herodes)
A. Templo. **B.** altar. **C.** atrio de los sacerdotes. **D.** atrio de Israel. **E.** puerta de Nicanor. **F.** atrio de las mujeres. **G.** puerta Corintia. **H-H.** atrio de los gentiles. **I (1).** salida de la puerta occidental. **I (2).** doble puerta. **I (3).** triple puerta. **J.** arco de Robinson. **K.L.M.M.** puertas occidentales. **O.** puerta septentrional. **P.** puerta Dorada. **1-10.** puertas de los atrios interiores.

gua oficial en Siria, Palestina y Egipto, conocido en origen por los escribas, los comerciantes y los funcionarios. La política religiosa de Ciro y sus sucesores consistió en conservar las antiguas tradiciones religiosas. Ciro ordenó la reconstrucción del templo de Jerusalén (Esd. 6, 3-5) en 538, con fondos públicos. Se devolvieron los utensilios del santuario robados por Nabucodonosor. Ciro antes había restablecido los cultos de Mesopotamia. Los trabajos de reconstrucción fueron interrumpidos, ya que la situación era muy miserable, según indica el profeta Ageo (1, 1-11). El profeta Ahiyyahu en 520, Zacarías en 519 y Ageo se interesaron por la terminación del templo. Era gobernador de Jerusalén, Zorobabel, nieto del rey Joaquín, quien se encargó de terminar la reconstrucción del templo, a él se dirigieron los profetas, Ageo y Zacarías, como el representante de Dios. Darío I permitió la continuación de los trabajos del templo, que fue consagrado en el año 515. El templo se convirtió en el verdadero centro de la vida israelita. Los sacerdotes adquirieron ahora una gran importancia. Se reorganizó el sacerdocio. Es probable que los sadoquitas constituyeran el sacerdocio en el nuevo templo. El Sumo Sacerdote alcanzó ahora una importancia excepcional.

La vida israelita durante el Imperio Persa

Se carece de fuentes para describir los cincuenta años que siguieron a la consagración del Templo de Jerusalén. No hubo una reorganización del antiguo Israel, ni su sustitución por nuevos organismos. El proyecto fue de orden escatológico y prescindió de los hechos históricos. La ley deuteronómica se mantuvo vigente, no como ley del Estado. Su fuerza procedía del pacto entre Dios y el pueblo de Israel. No aparecieron nuevos santuarios. La situación no fue muy próspera, como lo indica la situación descrita bajo el nombre de Malaquías, atribuida entre la consagración del templo y la actuación de Esdras y Nehemías. Los sacerdotes eran negligentes en lo referente a los sacrificios y a las enseñanzas religiosas. Eran poco celosos. Se disolvían los matrimonios, que frecuentemente se celebraban con mujeres extranjeras entre las familias sacerdotales, se descuidó el descanso sabático.

La rebelión del sátrapa Megabizos, a mediados del siglo V, dio una gran importancia a Siria y a Palestina, ya que ambas eran importantes en el

camino de Egipto, donde también estallaron múltiples conatos de independencia. Los persas procuraron mantener pacificadas estas zonas, y sus tradiciones. En este cuadro histórico hay que situar la misión oficial de Esdras y Nehemías, de fecha incierta, recordada en la gran crónica histórica, redactada mucho después. Aunque basada en fuentes literarias contemporáneas.

ráneos, y como colaboradores, lo que dista mucho de la realidad, lo que no parece que costase en las citadas fuentes. A Esdras se le envió a Jerusalén, probablemente el año 458. La cronología de la actuación de Esdras y Nehemías no es segura. Nehemías, un exilado, que era el copero del rey en Susa, que llegaría antes que Esdras, reorganizó en Judá la vida religiosa y la vida civil. La situación de Jerusa-



Torre helenística de Samaria

Sobre Nehemías una fuente fue las llamadas *Memorias de Nehemías*. Según Nehemías (1, 1; 2, 1), fue enviado en el reinado de Artajerjes I a Jerusalén, en el año 445. El documento oficial del encargo de Esdras se conserva en Esd. 7, 12-26. La obra del Cronista, que recoge los acontecimientos, basada en estas fuentes, es ya del siglo III. Este autor presenta a Esdras y Nehemías como contempo-

lén era desastrosa con gran parte de la ciudad en ruinas. Nehemías restauró los muros. Se convirtió en el gobernador de la provincia de Judá, que probablemente se hizo provincia independiente, antes fue un distrito de la provincia de Samaria, lo que enemistó a Nehemías con el gobernador de Samaria y con el de Transjordania. Por ahora se sabe que pequeños grupos de desterrados volvieron a Jeru-

salén. Estos fueron los que comenzaron a reconstruir la ciudad, mal vistos en la residencia del gobernador de Samaria, como en la ciudad. Los funcionarios comunicaron al rey el peligro que esto podía significar a la larga. Este informe hizo que todo trabajo quedase prohibido en Jerusalén, hasta nuevo aviso. En esta situación Nehemías continuó rápidamente la reconstrucción de la muralla. Los gobernadores de Samaria y de Amón intentaron atacar a Jerusalén, pero el proyecto se abandonó. Jerusalén se convirtió en la residencia del gobernador. Nehemías trasladó a Jerusalén una décima parte de los habitantes de los pueblos de la provincia sacados por suerte. La provincia estaba dividida en distritos, como lo demuestra la división en la reconstrucción de la muralla hecha por Nehemías. Este introdujo dos importantes innovaciones: la abolición de las deudas, ya que después de la deportación a Babilonia, se recrudecieron los conflictos entre ricos y pobres, que databan de la época de los reyes. El pueblo estaba empobrecido y esclavizado por deudas. Obligó delante del templo a los acreedores a que prometieran amnistía a los deudores y a restituirles los bienes. Nehemías renunció a la paga de gobernador, que corría a cargo de la provincia, lo que indica que la situación económica y social era francamente mala. Sólo aceptó unos donativos en especie. Otras disposiciones fueron dictadas en la segunda parte de su gobierno, cuando, después de 12 años, regresó a Babilonia en 433, para volver a Jerusalén nuevamente, como gobernador. Al parecer, el Sumo Sacerdote Elyasilo se aprovechó de la ausencia de Nehemías para seguir la política de mantenerse en buenas relaciones con la aristocracia y los gobernadores de las provincias vecinas, mientras Nehemías buscaba la independencia y el aislamiento de Judá. Ahora, por vez primera, los sumos sacerdotes sadoquitas intentaron estar en buenas relaciones, con los vecinos, al mismo tiempo que se daba una posición de aislamiento, que a partir de ahora se va a manifestar.

Nehemías en esta segunda etapa tomó varias disposiciones. La primera fue suprimir el uso indebido de una habitación en el templo, que se había dado a Tobiyyah, el ammonita. Prohibió los matrimonios mixtos. Responsabilizó a los dirigentes del pago de los diezmos al templo, que se cobraban con gran negligencia. Organizó la entrega al templo de la madera necesaria para el fuego de los sacrificios, lo que indica el abandono y el poco celo de los israelitas con el santuario de Jerusalén. Tomó disposiciones para el cumplimiento del descanso sabático. Precisamente en Jerusalén los sábados eran días de mercado, al que acudían muchos mercaderes sirios. Nehemías cerró este mercado.

Las disposiciones de Nehemías se conservan en los capítulos 10 y 13 de Nehemías. Los representantes de la comunidad se comprometieron a respetarlas.

Nehemías organizó la provincia de Judá. Reconstruyó y repobló el centro urbano de la capital. Corrigió los abusos del culto. Introdujo reformas sociales. Obligó al cumplimiento del sábado y prohibió los matrimonios mixtos, pero no intervino en la vida íntima de la comunidad cúltica. La misión de Nehemías era política. El culto era una institución pública de la provincia. El citado capítulo 10 indica el procedimiento seguido por Nehemías. Recoge un documento que tiene fuerza de ley, firmado por los representantes de la comunidad sin consagración solemne.

La obra de Esdras consistió en dar una nueva constitución, sobre la que se está mal informado, ya que sólo se dispone, como fuente de las construcciones oficiales citadas en Esdras 7, 12-26. Esdras tuvo una «Ley del Dios del cielo». Su misión era hacerla res-

petar. Debió actuar ya en los últimos años de Artajerjes I, después de Nehemías.

Esdras era sacerdote, nacido en el destierro, y probablemente de familia sadoquita. Artajerjes I le dio unas instrucciones de acuerdo con los deseos de los desterrados. Quizá estuvo relacionado con la segunda misión de Nehemías. Esdras sucedió a Nehemías en la comisión. Los exilados, con el beneplácito del rey, debieron encomendar otras reformas a Esdras, que recibiría una misión especial. Se presentó como sacerdote y como «escuela de la Ley de Dios del cielo» después fue conocido como el doctor de la ley. En arameo, que era la lengua oficial, designaba esta expresión un funcionario nombrado para un cargo determinado, comisionado por el Estado. Su misión fue poner en vigor una determinada ley sagrada, con concomitancias en la vida cotidiana, obligatoria para todo el pueblo. La obligatoriedad de la ley de Dios se extendió a todo Israel, que recibió una nueva organización, lo que fue muy importante para el futuro. Esdras representaba los deseos de los exilados. Trajo consigo un grupo de ellos de Babilonia y dinero, recogido del rey y de los deportados. Los gastos del santuario serían pagados por el Estado. Hubo exención de impuestos para todo el personal vinculado con el culto. Primero solucionó en Jerusalén el problema de los matrimonios mixtos. Proclamó la ley, que debió ser dentro de una ceremonia sagrada. Esta ley debió ser compilada o elaborada ante los exilados, lo que prueba una profunda influencia de los desterrados. Dio a la comunidad religiosa hebrea su estructura permanente. No resulta muy probable que la Ley de Esdras fuera la redacción sacerdotal del Pentateuco, puesto que es un relato al que se añadieron numerosas secciones legales. Se podrá tratar de varias recopilaciones de disposiciones, que se incorporaron al Pentateuco. Esdras debió llevar a Jerusalén el Pentateuco, pero todos estos problemas están muy confusos. La redacción del Código Sacerdotal debió hacerse en Palestina o de aquí proceden las fuentes. No todo el Pentateuco se llevó a Babilonia, ni es la Ley de Esdras, que podría ser una de las partes introducidas posteriormente a los relatos del Pentateuco. La canonicidad del Antiguo Testamento comenzó poco después de Esdras.

La comunidad de Jerusalén

Se ignora la historia de los judíos fuera de la de Judá y de Jerusalén.

El culto en Jerusalén conservó desde ahora hasta el final su forma. Jerusalén fue el único centro religioso para todos los judíos. Dominaba la jerarquía sacerdotal, descendiente de los sacerdotes sadoquitas, que después se presentaron como descendientes de Aarón. En el Libro de Ezequiel los sacerdotes de los santuarios locales suprimidos por Josías, figuran como destinados a los servicios subalternos del santuario, prohibidos a los laicos. Durante el gobierno persa se formó la clase de los Levitas, que se convirtieron en los servidores del templo.

El templo ya no era un santuario real. En el libro de Ezequiel (45, 7 ss.) el lugar del rey está ocupado por un príncipe. Los monarcas persas concedieron privilegios especiales al templo, participando en los gastos de los sacrificios, a cambio de pedir por ellos, pero no influyeron sobre las ceremonias litúrgicas. La nueva situación introdujo innovaciones en el culto. Continuaron celebrándose las tres fiestas tradicionales, que se convirtieron en festivales, que conmemoraban las intervenciones de Dios. A ellas se agregó el «Día de la Expiación», que sustituyó a la fiesta de otoño, y se convirtió en el principio del año litúrgico. El culto comprendió ahora una serie de minuciosas prescripciones. Se comenzaron determinados libros.



Plano de la fortificación de Masada
(Según Negev)

La conquista de Palestina por Alejandro Magno. El cisma samaritano

Después de derrotar Alejandro Magno a Darío III, rey de Persia, sometió al monarca macedón a Palestina, sin resistencia, salvo en Gaza, que cercó durante dos meses. En 331 la atravesó de nuevo al volver de Egipto. Muerto Alejandro en 323, las luchas de los Diádocos tuvieron por escenario frecuentemente a Palestina. Ptolomeo I ocupó Palestina y Fenicia. Demetrio Poborcetes fue vencido en Gaza. En 312 Palestina volvió al poder de Ptolomeo I, rey de Egipto. Los Ptolomeos la defendieron contra los Seléucidas, que intentaron apoderarse de esta zona. No parece que los Ptolomeos molestasen mucho a los judíos. Se contentaron con recaudar los tributos. Según la correspondencia de Zenón, administrador del ministro de finanzas de Ptolomeo II, Apolonio, éste poseía propiedades en Palestina y Transjordania, seguramente dejadas

en usufructo por el rey, que serían posesiones de la corona, ahora de Egipto y antes de los reyes de Judá y de Israel, que pasarían a manos de los asirios y de los babilonios. A partir del siglo III en Alejandría vivieron un grupo importante de judíos que hicieron la traducción al griego de las Sagradas Escrituras, llamada la Versión de los LXX, a la que nos referiremos más adelante. Palestina pasó a manos de los Seléucidas. Antíoco III (223-187) perdió, ante Ptolomeo IV, la batalla de Rafia, y renunció a las conquistas de Palestina y de Fenicia. En 198 logró el rey seléucida vencer a Ptolomeo V en las fuentes del Jordán y reconquistar Fenicia y Palestina. Antíoco III mantuvo buenas relaciones con la comunidad de Jerusalén. Josefo en las Antigüedades Judaicas (12, 2-3) conserva el texto de Antíoco III, en el que hay una serie de disposiciones notables dadas a Jerusalén. Se permite regresar a la ciudad a todos los habitantes que lo deseen, así como la liberación de todos los esclavos. Se les concedió una exención de impuestos y la reducción a una tercera parte de las entregas en especie durante tres años. El templo de Jerusalén obtuvo algunos privilegios. El Estado pagaría los materiales de los sacrificios, y las necesidades del culto hasta cierta cantidad. Las personas dedicadas al culto quedaban libres de impuestos y se permitía a los judíos vivir según las leyes de sus padres. Probablemente Antíoco III confirmó lo legislado bajo los persas y Ptolomeos. Bajo Antíoco IV estalló el conflicto entre el rey seléucida y los judíos. Por ahora se creó un culto samaritano en la montaña de Garizim, lo que constituyó un verdadero cisma, cuyas raíces son muy antiguas. El culto de Garizim fue considerado ilegítimo. La obra histórica del Cronista, escrita hacia el 300, tuvo por finalidad legitimar la tradición histórica de Jerusalén, frente a los samaritanos.



Moneda judía (Siglo IV a.C.)

La política religiosa de Antíoco IV

Las fuentes de este período son los dos libros de los Macabeos incorporados al Antiguo Testamento, y la obra del historiador judío Josefo. En 187 sucedió en el trono seléucida Antíoco IV, que intentó una helenización profunda de su reino, chocando con la comunidad judía. En 175 (2 Mac. 4, 12 ss.) un Sumo Sacerdote construyó un gimnasio en Jerusalén. La helenización penetró en las capas altas de la sociedad judía. La situación se agravó por las luchas intestinas por obtener el cargo de Sumo Sacerdote. La mala situación financiera de Antíoco IV le obligó a codiciar los tesoros del templo, como los de otros muchos santuarios de su reino (Pol. 30, 26). En 169 se apoderó de ellos, y pro-

fanó él mismo el santuario (Mac. 1, 17-28; 2 Mac. 5, 15 ss.), lo que molestó mucho a los judíos piadosos. Le siguió una serie de insurrecciones en Jerusalén, que fue saqueada e incendiada. Las mujeres y los niños fueron esclavizados. Se establecieron gentes impías, que debían ser los judíos helenizados, en el recinto fortificado, de Acra, en Jerusalén. Antíoco IV decidió suprimir la comunidad judía de Jerusalén. Prohibió mediante edicto (1 Mac. 1, 41 ss.) los sacrificios, la circuncisión, la observancia del sábado, y se destruyeron las Sagradas Escrituras. En el santuario se introdujo el culto de Zeus Olímpico y en Garizim el de Zeus Xenio. En otros lugares del país se colocaron altares. Se abolieron todos los privilegios otorgados.

Con estas disposiciones estalló la guerra religiosa en un momento de grave crisis del reino seléucida. Al frente de la revuelta se puso Matatías, en 166, al que sucedió su hijo Judas, que obtuvo resonantes victorias mediante golpes de manos audaces. La situación le fue propicia, estando ocupado el reino seléucida en luchar contra los partos. Por estos años se escribió el libro apocalíptico de Daniel, que interpreta los acontecimientos históricos como el principio del fin del poderío mundial, como los preparatorios para la llegada del reino de Dios (Dan. 11, 34). Se desarrolló la literatura apocalíptica de la que se habla más adelante. Judas instaló en el templo a los sacerdotes fieles. Retiró los objetos de culto a Zeus. Destruyó el altar de los holocaustos profanado. Levantó otro. En 164 se restauró el culto judío a JHWH. Se fortificó el recinto sagrado. En 163 Judas intervino a través de su hermano Simón en Galilea y Transjordania, donde había muchos israelitas fieles. Envió otras expediciones contra Idumea y Filistea, Antíoco IV logró sitiar a Jerusalén (1 Mac. 6, 17-54), salvando la situación las luchas internas de los seléucidas. El soberano seléucida ofreció la paz. Se reconoció el ejercicio del culto divino y se autorizó a vivir conforme a las leyes tradicionales, pero Judas quería la independencia política. Se puso en contacto con Roma. Judas continuó la lucha, hasta que en 160 fue vencido y murió (1 Mac 9, 1-22). Los rebeldes eligieron, como jefe, a su hermano Jonatás.

En 157 la guerra terminó. En 152 Jonatás recibió el cargo de Sumo Sacerdote, de manos de Alejandro Balas, pretendiente al trono seléucida, que le envió un manto de púrpura y una corona de oro (1 Mac. 10, 15-21). Después fue nombrado general y gobernador adjunto (1 Mac 10, 59-66). Recibió nuevas concesiones reales del soberano seléucida. Demetrio II le entregó tres distritos meridionales de Samaria. En 145, Jonatás, que había sabido muy bien sacar partido de las luchas feroces por el trono entre los pretendientes seléucidas se inclinó por el rebelde Diodoto Trifón, que terminó por apoderarse de él. Su hermano Simón defendió a Judá, y apoyó a Demetrio II, que concedió a los judíos una amnistía, y exención de impuestos. Se nombró Simón «gran pontífice, general y caudillo de los judíos» (1 Mac. 13, 42). Fechó los documentos administrativos según los años de su gobierno. Estuvo en buenas relaciones con Roma y Esparta. Obligó a rendirse a la guarnición seléucida de Acra en 141. Simón reforzó las fortificaciones del templo. Agrandó la provincia de Judá. Su gobierno fue de tranquilidad y prosperidad (1 Mac. 14, 4, 8 ss.). Sus hazañas se grabaron en tablas de cobre en la colina del Templo. Antíoco VII intentó apoderarse de Judá, pero fue derrotado y los dos hijos, Matatías y Judas, fueron asesinados por su yerno Ptolomeo. Juan se apoderó de los cargos de su padre en Jerusalén, con el nombre de Juan Hircano I. Antíoco VII asedió a Jerusalén. El arreglo se hizo pagando Juan una cantidad importante por los territorios conquistados por su padre.

La monarquía asmonea

Judá recobró su independencia gracias a estas luchas. Se escribieron, hacia el año 100, «Los anales del pontificado de Juan Hircano», que se han perdido. Poco después se redactó el primer libro de los Macabeos y Jasón de Cirene escribió una obra, resumida en el libro segundo de los Macabeos, sobre Judas y sus hermanos. La helenización continuó entre los sacerdotes saduceos. Esta restauración fue débil. Se basaba en el poder militar. Los Asmoneos, descendientes de Matatías, extendieron su control sobre el territorio de las 12 tribus. Construyeron un palacio real en Jerusalén. Una fortaleza, para controlar el santuario y fuertes fuera de Jerusalén. El Hircanion, al sudoeste de Jerusalén, el Alexandreion, en la cumbre de Qarn Sartabah y el fuerte de Maqueronte se deben a los Asmoneos.

Juan Hircano I, como etnarca, con mercenarios amplió el territorio. Chocó con los fariseos. Acuñó moneda. Su hijo Aristóbulo le sucedió en 109, después de encarcelar a su madre, a la que dejó morir de hambre y a tres hermanos. Dejó asesinar a su hermano Antigono. Aristóbulo tomó el título de rey. Murió en 103. Salomé Alejandra liberó a los tres hermanos encarcelados y se proclamó rey a Alejandro Janeo. Salomé se casó con él. Después de muerto reinó ella sola. Alejandro asesinó a un hermano para afianzar su autoridad. Estuvo en continuas guerras. Luchó contra Aretas, rey de los nabateos. Salomé estuvo en buenas relaciones con los fariseos. No hubo guerras durante los 9 años de su reinado. Nombró a su hijo Aristóbulo II Sumo Sacerdote. Estallaron querellas entre los dos hijos de Salomé. Hircano II fue proclamado rey a la muerte de la reina en 67, pero Aristóbulo le derrotó cerca de Jericó. Hircano renunció en favor de su hermano al título de rey y de Sumo Sacerdote para poder vivir de las rentas (Ant. Iud. 14, 1, 2). Intervino en la lucha de los dos hermanos, Antípatro, hijo del gobernador de Idumea, y Aretas, rey de los nabateos, que cercó el santuario.

En el año 65 Pompeyo, después de haber liquidado a Mitrídates VI, rey del Ponto, planeó terminar con la monarquía seléucida, que se encontraba en plena descomposición. Envió a su legado M. Emilio Escauro a Damasco, al que acudieron Aristóbulo e Hircano. Escauro se inclinó por Aristóbulo. Aretas se vio obligado a levantar el cerco (Ant. Iud. 14, 2, 3).

Aristóbulo e Hircano fueron personalmente a visitar a Pompeyo en Damasco. El pueblo envió una delegación, compuesta por fariseos, que deseaban la desaparición de los Asmoneos y que el sacerdocio recuperara su antiguo lugar. Pompeyo acabó por marchar sobre Jerusalén, que le abrió sus puertas. Unos cuantos se retiraron a la fortaleza del templo, que tuvo que ser sitiada durante 3 meses. Los defensores fueron asesinados. Pompeyo penetró en el *sancta santorum*, lo que era una abominación a los ojos de los judíos piadosos. Pompeyo ordenó que continuaran los sacrificios. Hircano recibió el cargo de Sumo Sacerdote. Aristóbulo, que había ofrecido resistencia a Pompeyo, fue llevado prisionero con sus hijos, Alejandro, que después huyó y Antígono, que fueron exhibidos ante el pueblo romano en el día del triunfo. En el año 63 Siria y Palestina fueron declaradas provincias romanas. Las ciudades costeras y de Transjordania fueron independientes, sometidas a la provincia. Las conquistas asmoneas fueron separadas de Judá. Samaria fue apartada de Judá, e independiente. El resto del territorio de Samaria se unió a Siria, Judá conservó los cuatro distritos samaritanos del sur. Pompeyo entregó al Sumo Sacerdote los territorios vinculados con el culto del templo (Idumea, la zona occidental de Transjordania del sur y del centro, y Galilea Interior).

Bibliografía

Aharoni, Y.: *The Archaeology of the Land of Israel.* Philadelphia, 1982.
Auzou, G.: *La fuerza del espíritu. Estudio del libro de los jueces.* Madrid, 1968.
De la servidumbre al servicio. Estudio del libro del éxodo. Madrid, 1974.
Avdiev, V.I.: *Historia económica y social del Antiguo Oriente. II. Reinos y Estados del II y I milenios.* Madrid, 1986.
Barnett, R.D.: *Illustrations of Old Testament History.* London, 1968.
Barucq, A.: *Eclesiastés. Qoheleth.* Madrid, 1969.
Botterweck, G.J., Ringgren, H.: *Diccionario Teológico del Antiguo Testamento,* I. Madrid, 1973.
Brown, S.E., Fitzmyer, J.A., Murphy, R.E., Carm, O.: *Comentario bíblico «San Jerónimo»,* I-V. Madrid, 1971.
Delcor, M.: *Etudes bibliques et orientales de religions comparées,* Leiden, S.A.
De Vaux, R.: *Historia Antigua de Israel,* I-II. Madrid, 1984.
Frazer, J.G.: *El folklore en el Antiguo Testamento.* México, 1981.
Grollenberg, L.H.: *Visión nueva de la Biblia.* Barcelona, 1972.
Herrmann, S.: *Historia de Israel en la época del Antiguo Testamento.* Salamanca, 1979.
Irwin, W.A., Frankfort, H.A. y H.: *El pensamiento prefilosófico.* México, 1958.
Jenni, E., Westermann, C.: *Diccionario Teológico. Manual del Antiguo Testamento,* I, Madrid, 1978.
Kenyon, K.M.: *Archaeology in the Holy Land.* New York, 1979.
Monloubou, L.: *Profetismo y Profetas.* Madrid, 1971.
Moscati, S.: *Las antiguas civilizaciones semíticas.* Barcelona, 1960.
Mowinckel, S.: *El que ha de venir. Mesianismo y Mesías.* Madrid, 1975.
Negev, A.: *Archaeological Encyclopedia of the Holy Land.* Jerusalén, 1980.
Neher, A.: *La esencia del profetismo.* Salamanca, 1975.
Noth, M.: *El mundo del Antiguo Testamento.* Madrid, 1976.
Olmo Lete, G. del: *Interpretación de la mitología cananea. Estudios de semántica ugarítica.* Valencia, 1984.
Mitos y leyendas de Canaán, según la tradición de Ugarit. Madrid, 1981.
Rad, G. von: *Teología del Antiguo Testamento, I. Teología de las tradiciones históricas de Israel.* Salamanca, 1972.
Teología del Antiguo Testamento, II. Salamanca, 1972.
La sabiduría en Israel. Los Sapienciales. Lo sapiencial. Madrid, 1973.
Estudios sobre el Antiguo Testamento. Salamanca, 1976.
El libro del Génesis. Salamanca, 1977.
Sabiduría en Israel. Proverbios, Job, Eclesiastés, Eclesiástico, Sabiduría. Madrid, 1985.
Ricciotti, G.: *Historia de Israel.* Barcelona, 1947.
Ringgren, H.: *La religion d'Israël.* París, 1966.
Schmidt, W.H.: *Introducción al Antiguo Testamento.* Salamanca, 1983.
Schökel, L.A.: *Estudios de Antiguo Testamento. Tomo II. Treinta Salmos: Poesía y Oración.* Madrid, 1981.
Schökel, W.H., Sicre Díaz, J.L.: *Profetas. Comentario I y II.* Madrid, 1980.
Job, Comentario teológico y literario. Madrid, 1983.
Sicre, J.L.: «Con los pobres de la tierra». *La justicia social en los profetas de Israel.* Madrid, 1984.
Los Dioses olvidados. Poder y riqueza en los Profetas preexílicos. Madrid, 1979.
Wolff, H.W.: *Antropología del Antiguo Testamento.* Salamanca, 1975.
Wright, G.E.: *Arqueología Bíblica.* Madrid, 1975.

Fuentes

Cantera Burgos, F., Iglesias González, M.: *Sagrada Biblia.* Madrid, 1975.
Díez Macho, A. y otros: *Apócrifos del Antiguo Testamento,* I-IV. Madrid, 1984.
Schökel, L.A., Mateos, J.: *Nueva Biblia Española.* Madrid, 1975.
Ubieta, J.A.: *Biblia de Jerusalén.* Bilbao, 1967.